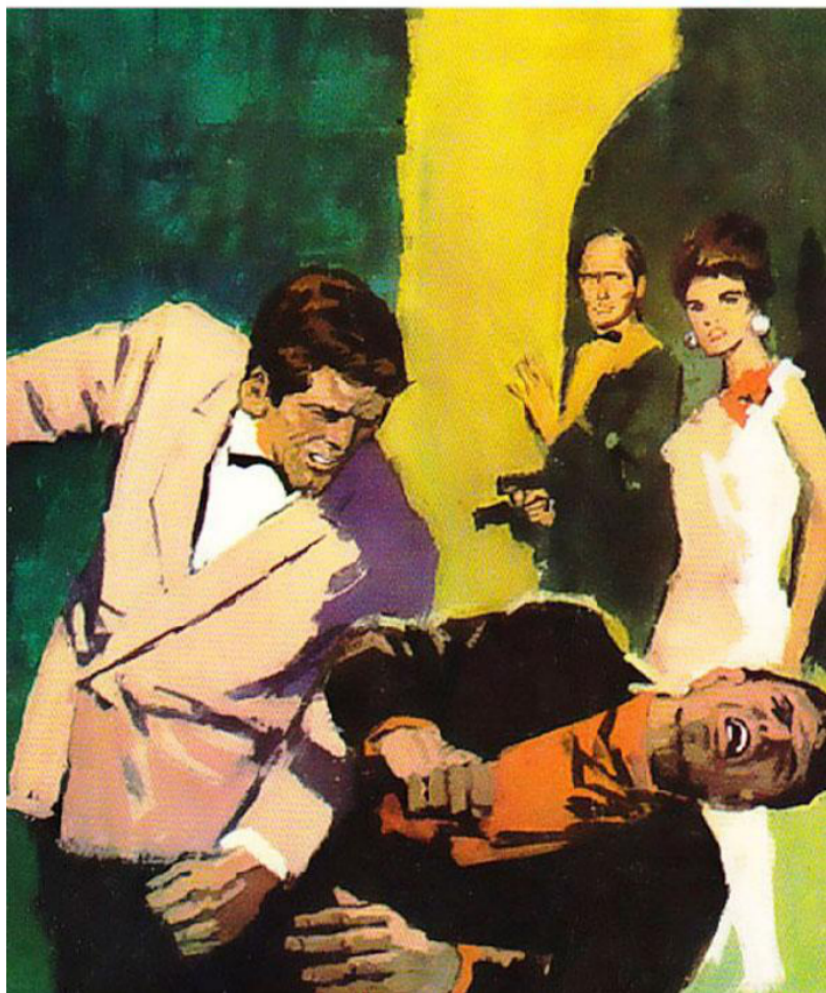




sin chapa y sin pistola

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



BURTON HARE

SIN CHAPA Y SIN PISTOLA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 393
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Déposito legal: B 35.417 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: noviembre, 1969

© BURTON HARE - 1969
sobre la parte literaria

© DESILO - 1969
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

996.—Crimen para luna de miel.

En Colección PUNTO ROJO:

380.—Siniestro destino.

En Colección ENVIADO SECRETO:

62.—Los hombres de la violencia.

PRÓLOGO

La oscuridad más absoluta reinaba en el paraje. Una negrura inquietante, porque en ella estaba agazapada la muerte.

Contuve el aliento, escuchando, tratando de captar un rumor que delatase la presencia de Pietro Carmino, pero todo lo que escuché fue el silencio.

Cambien de posición, parapetándome tras unos bultos de embalaje adosados a una pared. Cerca, un tren resopló al ponerse en movimiento. Los vagones de carga entrechocaron, produciendo un sinfín de golpes y chasquidos.

Más lejos, en el puerto, una sirena aulló, lúgubre.

Parece increíble la cantidad de sonidos que encierra la noche. Sonidos que jamás se han captado hasta que uno está enfrentado a la muerte y sabe que ésta puede descargar el zarpazo en el instante más inesperado.

Estaba seguro que Carmino aguardaba su oportunidad, muy cerca. Le había perdido de vista al internarse en ese callejón, y no había dispuesto de tiempo para recorrerlo en toda su longitud porque yo iba pisándole los talones...

Carmino era hombre muerto si lograba echarle la vista encima.

La culata de mi 38 políciaco estaba húmeda del sudor de mi mano. Cambié el arma a la izquierda y froté la palma de la derecha en los pantalones. Luego, volví a empuñar el revólver con la diestra.

Los ojos me dolían de tanto forzarlos, en un intento de taladrar las densas tinieblas.

Era preciso provocar a Carmino, obligarle a delatarse.

Me deslicé fuera de mi escondrijo, pegado al muro. Empujé un poco una de las cajas y ésta produjo un rumor sordo.

Nada sucedió. Ninguna bala vino en busca de mi carne como temí que sucediera.

No obstante, Pietro Carmino no podía estar lejos. Estaba seguro

de eso, porque él, además de estar acorralado, tenía tantos deseos de mandarme al infierno como yo de llenarle a él de plomo...

—¡Tira la pistola, polizonte! —rugió su voz de pronto, a mi espalda.

Me había cazado. Un escalofrío culebreó por mi espalda.

—¡Tíralo, teniente!

—Está bien, Carmino...

Dejé caer el revólver delante de mí. Sonó duramente contra el suelo.

El pistolero empezó a reír como un loco detrás de mí. Todo lo que yo quería era que siguiera riéndose unos instantes.

—Tú ganas, bastardo —dije—. No pensé que podías entrar en un almacén, salir por la otra calle y dar la vuelta.

—Y tú eras el tipo listo..., el polizonte que iba a acabar con Sonder Reagan y todos sus hombres... ¡Qué idiota!

—¿Te mandó Reagan a cazarme, Carmino?

—Todo lo que él quería era tenerte vigilado..., pero me has facilitado el trabajo. Organizarán un buen funeral por ti, pies planos...

Aqué! fue el instante preciso de hacerlo, cuando él estaba en la cumbre de su euforia, absolutamente seguro de tenerme a su merced.

Me zambullí de cabeza como si me arrojara al mar. Rodé sobre el duro suelo cuando Carmino disparó por primera vez. La bala aulló a pocas pulgadas de mi cara, pero mis dedos ya se cerraban sobre la culata de mi 38.

Disparó otra vez, y otra, mientras me mantenía en movimiento de un lado a otro. Los proyectiles blindados levantaban escalofríos chillidos al rebotar en el suelo y las paredes.

Al fin di una vuelta completa sobre mí mismo y lo vi allí, plantado con las piernas abiertas en compás, disparando como un loco y vomitando obscenidades...

Tiré del gatillo y la bala le pegó en el estómago. Se dobló, rugiendo. Era lo que yo había buscado. Seguí disparando mientras el enorme corpachón del asesino se estremecía a cada impacto, giraba sobre sus pies y golpeaba de cara contra los bultos amontonados a un lado.

Cuando se derrumbó había dejado de maldecir, pero todavía

barbotaba algo incomprensible entre dientes.

Me aproximé a él y le quité la pistola de las manos de un puntapié. En el callejón todavía resonaban los ecos de tanto disparo.

Un silbato alborotaba en alguna parte. Inclinéme, levanté la cabeza del pistolero.

—¿Puedes oírme, Carmino?

Parpadeó con sus ojos muertos, como si quisiera verme por última vez.

—Eso es a cuenta de Jerry, hijo de perra, ¿me oyes? ¡A cuenta de Jerry!

Me oyó, porque sus facciones se tensaron en una mueca feroz. Su gran fortaleza hacia el milagro de que pudiera escucharme unos instantes más.

—Prepárale el terreno a Reagan, Carmino..., porque irá a reunirse contigo en el infierno muy pronto...

—¡Mald...!

No terminó. Su cabeza cayó a un lado y le solté los cabellos.

Alguien se acercaba corriendo. Un patrullero, y venían otros policías y curiosos que salían de todos los agujeros como ratas asustadas.

—¡Usted, levántese!

Lo hice. El patrullero se detuvo a dos pasos, apuntándome con su revólver reglamentario.

—¡Suelte el arma, amigo! —ordenó.

—Ya basta. Soy el teniente Durell, de la Brigada de Homicidios.

—¡Suéltelo, sea quien sea!

—Está usted nervioso...

Pero lo solté. Un policía novato y nervioso es más peligroso que una carga de dinamita.

Entonces se acercó.

—Coloque las manos sobre su nuca y vuélvase.

También obedecí, a fin de que pudiera apoderarse de mi documentación. Lo hizo bastante bien, después de todo.

—Lo lamento, teniente, pero debía asegurarme...

Me volví y él me entregó los documentos. Levanté el revólver y lo guardé en la funda axilar.

—¿Qué pasó, teniente?

—Trató de cazarme... El tipo era Pietro Carmino, la mano derecha de Reagan.

El hombre encajó las mandíbulas como un cepo.

—¡Condenado bastardo! ¿Cuándo podremos vernos libres de esa pandilla, teniente?

Sentí tentaciones de echarme a reír, porque ésa era una buena pregunta.

—Eso me gustaría saber —dije solamente—. Ocúpese de todo. He de regresar a jefatura.

—Está bien.

Me alejé, hundiéndome en la noche, solo, habiendo triunfado en una nueva batalla. Un asesino menos en la ciudad, y un golpe más en el rostro de Sonder Reagan. Eso le demostraría que por lo menos uno de los oficiales de policía no le temía.

Además, le haría pensar en el asesinato del pobre Jerry.

Muy pronto, Reagan sudaría sangre cada vez que alguien le hablase de mí.

Por lo menos, eso pensaba aquella noche.

Luego, algunas cosas cambiaron radicalmente.

CAPÍTULO PRIMERO

El teléfono sonó, insistente. Arrojé el periódico a un lado y descolgué el auricular. Una voz de mujer que yo conocía bien inquirió:

—¿Steve, eres tú?

—Seguro, nena.

—¡Acabo de leer los periódicos de esta mañana!

—Yo también.

—¡Has vuelto a hacerlo!

Su tono era acusador, frío como el hielo. Enarqué las cejas, porque aquélla era la mujer con la que iba a casarme muy pronto.

—¿He vuelto a hacer qué?

—¿Es posible que lo preguntes? ¡Otro hombre muerto!...

—¡Oh, eso! Si has leído el periódico, ya sabrás que se trataba de Pietro Carmino.

—¡Era un ser humano!

—¿Carmino un ser humano? Tú estás loca, querida. Había vertido más sangre que otro pistolero cualquiera.

—¡Pero le mataste! Ni siquiera trataste de detenerlo... ¡Tuviste que matarlo!

—¿Qué demonios quieres decir con eso, Olga?

—Es el tercer pistolero que matas en dos meses, Steve... Toda la ciudad está revuelta hablando de lo mismo.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Yo... he reflexionado mucho, Steve...

—¡Sigue, maldita sea, sigue!

—Creo que..., en fin, opino que es preferible suspender lo nuestro por el momento. No quiero que la gente me señale con el dedo... Debes comprenderlo, Steve...

Lo comprendí. ¡Claro que lo comprendí! Y con eso, algo se desgarró en mí, algo que dejó un poso de amargura terrible.

—Puedes estar tranquila, nena. No volveré a verte si eso ha de hacerte feliz. Empiezo a pensar que tanto tú como buena parte de nuestros honestos ciudadanos hubieran preferido que el muerto fuera yo... para organizar un buen funeral y entonar entonces mi panegírico. ¡Oh, al infierno contigo, primor!

Colgué de golpe, con lo cual le hice un favor a ella, porque le evité seguir buscando excusas con que apartarse de mí.

Apenas había tenido tiempo de encender un cigarrillo cuando el teléfono dio nuevas señales de vida. Lo descolgué de un manotazo.

—¡Durell al habla! —estallé.

—¿Teniente? Aquí el sargento Morton, señor.

—Hola, sargento. ¿Qué ocurre?

—Orden del capitán, señor. Preséntese inmediatamente en su despacho.

—¿Tormenta en el horizonte, sargento?

Escuché una risita apagada. Luego, su voz:

—Yo diría que se avecina un huracán, señor, si me permite expresarlo así.

—Perfecto. Voy para allá.

—Un momento, teniente..., el capitán no está solo. Un senador del estado y algunos más han formado una especie de tribunal. Es mejor que usted lo sepa.

—Esperaba algo semejante. No se preocupe.

—Suerte, teniente.

Colgué, levantándome.

De modo que un tribunal. Pues habían elegido el instante preciso para que estallara en sus mismas narices. Después de la cobarde retirada de Olga, un tribunal. ¡Bueno!

Comprobé la carga del revólver, me puse la chaqueta y bajé a la calle. Mi coche estaba metido entre otros dos como si lo hubieran incrustado allí con una palanca. Hube de empujarlo para poder sacarlo y abrir la portezuela. Estaba buscando las llaves en el bolsillo cuando comenzaron a disparar.

Esta vez casi obtuvieron éxito. El alud de plomo hizo añicos los cristales del auto y sólo entonces me dejé caer de bruces y repté buscando el amparo de la carrocería, al tiempo que sobre ella los proyectiles repicaban como una granizada mortal.

Un motor rugió en alguna parte. Para entonces ya tenía mi 38 en

la mano, pero las balas continuaban buscándome y desmenuzando mi pobre cacharro, de modo que no pude ni levantar la cabeza.

Vi pasar la parte baja del vehículo asaltante, y sus ruedas ganando velocidad. Entonces les disparé toda la carga y uno de los neumáticos estalló, pero el pesado coche sólo dio unos bandazos y prosiguió su marcha, arrollando cuanto se ponía por delante...

Fue una mujer vieja la que se puso ante ellos, y lo pagó bien caro. Cuando salí de debajo de mí «Oldsmobile», la vi en medio de la calzada, una figura pequeña y aplastada, sangrante.

Lo habían intentado otra vez y otra vez fallaron. Sólo que ahora equivalía a una declaración de guerra en toda regla, por cuanto un atentado semejante contra un oficial de policía constituía algo completamente inédito en la historia delictiva de nuestra próspera comunidad.

La gente empezó a aproximarse, primero con cautela, luego abiertamente cuando vio que no sonaban más tiros. Los vecinos me conocían de sobra, sabían que era policía y estaban tan asustados que ninguno atinó a decirme una palabra.

Fui adonde yacía el cadáver aplastado de la anciana. La ira que bullía en mi interior rugió ante el sangriento escenario.

Otra víctima en la ya larga cuenta de Sonder Reagan...

Esperé a los policías de servicio en el sector. Luego, tomé un taxi y me hice conducir a jefatura, con algunos desgarros en mi traje y señales de polvo en él que ni siquiera advertí...

El sargento Morton levantó la cabeza en su puesto de guardia, tras la centralita.

—¿Qué tal, teniente? —Al acercarme advirtió los destrozos en mi indumentaria—. ¡Demonios! ¿Qué le ha pasado, un accidente?

—Un accidente llamado Reagan... Sus matones, sargento. Trataron de cazarme a tiros.

—¡Maldita sea! ¿Escaparon?

—Esta vez, sí.

—¡Condenados...!

—¿Dónde está el estado mayor, sargento?

Hizo una mueca de despecho.

—Reunidos en el despacho del capitán, señor. Todos opinamos que esta vez van a «repasarlo» a usted a fondo.

Sonrió entre dientes. Dije:

—Estoy acostumbrado a los periódicos estallidos... Hasta luego. Abrí la puerta, después de llamar con los nudillos, y entré. Estaban los cuatro esperándome.

El juez Cumberland, con su ruda cara surcada de arrugas y ojos fríos y muertos como los de un pescado.

Y Simón Gallagher, el influyente senador, hinchado de vanidad omnipotente, con altas amistades en Washington y periódicas cenas íntimas con el gobernador del estado.

El otro era John Fowler, un abogado que mangoneaba en política local y cuya hija organizaba un escándalo tras otro debido a su excesiva afición por el sexo fuerte. Su padre las pasaba moradas para tapar las aventuras de la dama, valiéndose de su influencia.

Y, naturalmente, el capitán Benson Murray, jefe de policía.

Este producía la impresión de hallarse muy incómodo en esa reunión organizada en su propia oficina.

—Cierre la puerta, Durell —refunfuñó.

Lo hice y avancé hasta el borde de la mesa. Ellos estaban sentados al otro lado. Había multitud de papeles sobre la deslucida superficie, y encima de los papeles, los periódicos de la mañana, todos con grandes titulares en los que campeaba mi nombre.

—Me han dicho que deseaban verme —les espeté—. ¿De qué se trata?

Me miraron de arriba abajo. Ninguno parecía muy dispuesto a romper el fuego.

El capitán Murray gruñó:

—¿Qué le sucedió a sus ropas, teniente?

—Un atentado. Me obligaron a rodar bajo mi auto para escapar a una granizada de balas... Reagan está perdiendo los estribos.

—¡Cuidado, teniente! —estalló el juez—. No puede hacer afirmaciones de esa gravedad sin pruebas en qué basarlas.

—Todos ustedes saben bien que Reagan está apoderándose de los resortes de esta ciudad. Es el único cabecilla criminal con poder suficiente para disponer de una pandilla de asesinos..., el único con agallas suficientes para enviar a su lugarteniente a darme el pasaporte, anoche...

—Naturalmente, se refiere usted a Pietro Carmino —apostilló el capitán.

—Naturalmente —imité su voz porque estaba poniéndome

furioso con toda aquella comedia.

—Creo que es mejor dejarnos de rodeos e ir directamente al nudo del asunto por el cual le hemos llamado —terció el abogado, interviniendo por primera vez—. Tenemos atribuciones para ello y usted lo sabe, teniente.

—¿Qué se supone que debo saber?

—La razón por la cual está usted aquí —prosiguió el picapleitos—. Estamos dispuestos a terminar de una vez por todas con sus salvajes métodos de represión, teniente. Ha matado a varios hombres en estos últimos tiempos...

—Varios asesinos —puntalicé.

El juez saltó en su silla como si acabaran de pincharle.

—¡Para declarar asesino a un hombre hay que juzgarle primero, teniente Durell! Usted se tomó la justicia por su mano..., se creyó más poderoso que las leyes establecidas, más poderoso que la sociedad..., casi llegó a creerse Dios, por el simple hecho de que lleva usted un revólver.

Supe que la cosa iba a terminar mal, porque ya en aquel instante sentí la tentación de mandarlo todo al demonio y decirles lo que merecían oír.

No obstante, aún me contuve, y sólo yo sé el esfuerzo que ello me costó.

—Un estupendo discurso, juez.

El capitán dio un respingo.

—¡Modere su tono, Durell! —estalló—. No olvide quiénes son las personas a las que se dirige. Por otra parte, lo sucedido con Pietro Carmino ha rebasado todas las medidas.

—Empiezo a darme cuenta. Según la opinión general, debí dejar que me llenara la barriga de plomo, para que ustedes pudieran darse el lujo de clamar al cielo por el nuevo crimen de esa pandilla que nadie se atreve a barrer de la ciudad.

—¡Ya basta! —rugió el senador.

El capitán esbozó un gesto apaciguador.

—No saquemos las cosas de quicio. Usted cree tener un motivo personal para odiar a Reagan, Durell, pero eso no es sufi...

—¡Creo tener dice usted! Sé que fueron los hombres de Reagan los que asesinaron a mi hermano Jerry. ¡Claro que no existen pruebas! Pero yo no las necesito para estar seguro de su

culpabilidad, entre otras razones porque Carmino se había jactado entre sus compinches de ese crimen. Pero eso tampoco es una prueba...

—¡Cállese!

—¡Con un demonio! —estallé—. Van a escucharme ya que me han llamado. Y escucharán hasta el final, así sea lo último que haga en esta podrida ciudad. Todos ustedes se asustan cuando se arma un tiroteo y muere alguno de los bastardos de Reagan. Temen por el negocio turístico. Si los papanatas del interior dejan de venir a Bay City, los negocios se resentirán. Ésa es la única razón por la que prefieren ignorar lo que está sucediendo, a cambio de que haya paz. Una paz basada en el crimen y el terror...

—¡Teniente Durell...!

Hice callar al juez con un ademán y añadí:

—Ustedes exigen pruebas, pero no se molestan en buscarlas porque tienen miedo. Miedo a lo que puede estallar bajo sus posaderas en cuanto escarben más de la cuenta. ¡Pruebas! ¿Por qué no protegieron debidamente a la muchacha que Reagan había apaleado sólo porque se resistió a él? ¡Ah, no! La chica se ahorcó en el hospital... ¡Con una soga nueva de trinka entrada fraudulentamente al establecimiento! Pero la explicación calmaba los ánimos y las pruebas se enterraron con la muchacha. ¿Por qué no les preguntan a los padres de la chica quién es el culpable?

Dejé de hablar porque me faltaba el aliento. Había llegado al final de toda resistencia, y toda la amar gura que llevaba en mi interior brotaba incontenible y yo no lo sentía. En absoluto.

Fowler, el abogado, casi se levantó de su silla, exclamando:

—¿Vamos a permitirle que... que...?

—¡Síntese!

Se dejó caer sentado, estupefacto por mi audacia.

Entonces añadí, porque ya había adivinado qué era lo que habían decidido respecto a mí:

—No me importa que lo permitan o no. Son verdades como puños y las oirán. Siento un odio mortal contra los asesinos en general, y los asesinos de Reagan en particular porque éstos asesinaron a mi hermano Jerry. ¡Lo sé, y eso basta para mí! Jamás tendré compasión por ninguno de ellos, así se escondan en el infierno, a pesar de que maté a Carmino en defensa propia, cuando

me tenía ante su revólver, cacareando lo que iba a hacerme. ¿Green que lamenté su muerte? ¡Me alegró acabar con él porque era un reptil peligroso y traicionero al que había que aplastar de una vez por todas! Como me alegraré el día que pueda tener a Sonder Reagan ante la mira de mi revólver..., sabiendo que algunos de los influyentes ciudadanos de Bay City derramarán lágrimas por su muerte porque con Reagan se les terminará una buena fuente de ingresos.

Ninguno atinó a replicar. Jamás nadie les había dicho nada semejante en su propia cara, y el estupor más absoluto les mantuvo mudos, clavados en sus asientos.

—¿Qué es lo que querían decirme con esta solemne reunión, que estoy expulsado del Cuerpo? —les dije brutalmente—. ¿Es eso lo que ninguno tiene el valor de decirme claramente?

El capitán se removió en su silla.

—Le exijo que rectifique usted...

—¡Demonios voy a rectificar! ¡Todo lo que he dicho es cierto, y usted debería saberlo tan bien como yo!

Cambiaron miradas iracundas entre ellos, como consultándose.

El capitán era quien debía pronunciar la sentencia y los demás lo sabían. Así que le dejaron a él la papeleta.

De modo que dijo, titubeante:

—Ha llegado usted demasiado lejos, Durell..., demasiado lejos, realmente... Nosotros..., este..., olvidaremos sus palabras. Personalmente, opino que han sido dictadas por la excitación del momento.

—Adelante, capitán —le animé—. Sé lo que va a decir.

—Está bien, si lo quiere así. No se hablará más de este asunto, evitaremos toda publicidad..., a cambio de que presente usted su dimisión hoy mismo.

Era lo que había estado esperando. Traté de sonreír, porque tantos años en un trabajo no pueden borrarse de un plumazo.

—Lo tenían decidido de antemano, ¿eh?

—Así es.

—Ya veo...

Ninguno se atrevió a sostenerme la mirada cuando la paseé sobre sus rostros sudorosos. Eso, después de todo, fue un consuelo.

—No necesitamos perder tiempo con papeleo —dije—. Ahora

mismo renuncio a mi empleo. Empeño mi palabra en el sentido de que no reclamaré cosa alguna a la ciudad y todas esas fórmulas legales...

Saqué la chapa del estuche y la arrojé sobre la mesa. Luego, el carnet oficial se reunió con ella y de nuevo les miré uno a uno.

—Ahora, quizá reine la tranquilidad en Bay City, caballeros — les espeté secamente—. Pero será una tranquilidad basada en el crimen y a la larga les devorará. Y entonces yo estaré aquí para reírme.

Giré sobre los talones y me encaminé a la puerta.

Sólo que la voz autoritaria del capitán Murray me detuvo a mitad de camino cuando dijo:

—¡Un minuto todavía, Durell!

Me volví.

—¿Qué se le ha ocurrido ahora?

—Él revólver, Durell. No le pertenece.

Sentí un escalofrío en mis nervios. Me aproximé otra vez a la mesa, dominando los deseos de aplastarles la cara a todos ellos.

—¿Quiere que entregue el revólver? —dije.

—Eso he dicho.

Saqué mi fiel 38 y lo dejé cuidadosamente sobre la mesa.

—Saben que al dejarme desarmado en las actuales circunstancias me condenan a muerte, ¿no es cierto? Cualquiera de los asesinos de Reagan me cazarán igual que a una liebre en una esquina.

—Lo sabemos —soltó Murray, casi con alegría—. Ése es precisamente el motivo de que le pida el revólver. Sólo tiene un camino para vivir, Durell: marcharse de la ciudad y no regresar aquí jamás. Ya ha causado bastantes problemas con su salvaje manera de entender el deber.

Salí del despacho igual que si acabaran de sacudirme en la barbilla.

El sargento Morton, desde el otro lado de su mesa de guardia, me dedicó una sonrisa.

—¿Fue muy duro, teniente?

—Olvide el tratamiento, sargento. «Era» teniente.

Dio un salto en la silla.

—¡No es posible que se hayan atrevido a echarle!

—¿No? Bueno...

Le mostré la funda vacía. Vi cómo perdía el color.

—¡Desarmado! —exclamó—. Eso es una invitación a los matones de toda la ciudad a darle el pasaporte...

—Justamente ésa parece ser la idea general. Quieren que me largue al diablo de aquí y no vuelva.

—Escuche...

Le hice un gesto, interrumpiéndole.

—Olvídelo, sargento. Me las arreglaré de un modo u otro.

—Puedo conseguirle un revólver, teniente. Usted sabe que puedo hacerlo... Le matarán como a un perro si le sorprenden sin armas...

—No quiero que se meta usted en un lío por mi culpa. Pero no olvidaré nunca su proposición. Gracias, Morton, y deséeme suerte. Eso es todo lo que puede hacer.

—¡Maldita sea! Hablaré con los muchachos y...

—Olvídelo. Yo saldré adelante. Espero que volvamos a vernos alguna vez, sargento.

Estreché su ruda mano y salí. Morton era un gran tipo.

Anduve alerta porque el ataque podía producirse en cualquier instante. Luego pensé que sólo volverían a la carga cuando la noticia de mi cese como policía llegara a sus oídos. Entonces se lanzarían a fondo y yo tendría mi oportunidad.

O mi entierro.

CAPÍTULO II

Le había dado un buen tiento a la botella. Algunas brumas comenzaban a flotar ante mis ojos en la oscura habitación, tendido en la cama, tratando de no pensar en nada, ni siquiera en Olga y su miedo a unirse a mí.

No resultaba fácil olvidar. Rostros y nombres danzaban una zarabanda inquietante frente a mí, en las tinieblas. Fantasma, quizá, porque el rostro contorsionado de Pietro Carmino los presidía a todos, y Carmino estaba muerto...

La botella estaba vacía. Comencé a considerar seriamente la idea de bajar a comprar otra, pero no encontré voluntad suficiente para levantarme.

Justamente cuando me debatía en esa extraña duda llamaron a la puerta.

Salté en pie. Las piernas oscilaron y volví a sentarme en la cama. No esperaba ninguna visita, a menos que fueran los «torpedos» de Reagan...

Volví a levantarme con precaución. Desarmado, poco podría hacer si eran ellos.

—¿Quién está ahí?

—Abra, Durell; quiero hablar con usted.

Era una voz de mujer. Las pesadillas se convertían en realidad, porque yo había soñado con el consuelo de unos brazos cálidos de mujer en aquellas horas solitarias.

Abrí la puerta y la dejé entrar, sin encender la luz.

Al resplandor de la lámpara del rellano la vi fugazmente y por poco no me caí de espaldas.

Era una muchacha muy joven, de una silueta perfecta y provocativa. Sus largas piernas quedaban realzadas por la minifalda, reducida a su más precario tamaño.

De estatura mediana, se movía con un suave y grácil balanceo

que para mi estado no era lo más aconsejable para mantener la cabeza sobre los hombros.

—Cierre la puerta, Durell; no se quede ahí como un estúpido.

Cerré y quedé mirándola en la oscuridad. Todo lo que podía ver era su redondeado contorno.

—¿Tiene miedo de encender la luz? —me espetó.

—Tengo miedo, pero no de la luz.

La encendí, y entonces pude verla con detalle.

No recordaba haber visto nunca nada tan perfecto como aquella muchacha.

Por su parte, no disimuló una mueca de disgusto al advertir mi estado.

—¡Borracho! —estalló—. ¡Está usted ebrio!

—Sólo a medias... La botella se terminó antes de tiempo. ¿Qué demonios ha venido usted a hacer aquí, nena?

—Quiero proponerle un negocio, Durell.

—¿Negocios? Lárguese, hermana.

En lugar de marcharse, fue a sentarse sobre el borde de la cama. Seguramente, las sillas no le inspiraron suficiente confianza.

—Siéntese, Durell. Le interesará ganar mil dólares ahora que se ha quedado sin empleo.

—Ajá. Las noticias vuelan. ¿Cómo supo...?

—Eso no importa. ¿Quiere mil dólares, si o no?

—Por supuesto que los quiero. ¿Qué espera usted que yo haga a cambio de mil pavos: matar a alguien?

Dio un respingo y le miró, iracunda.

—Su manera de hablar me pone enferma —masculló—. Todo lo que tiene que hacer es acompañarme hasta Los Ángeles. Podrá establecerse allí si quiere...

—¿En Los Ángeles? No es una ciudad que me guste. Bay City es mejor...

—¡Pero no puede quedarse aquí! Y yo necesito a alguien decidido y rudo que me acompañe...

—Una especie de guardaespaldas, ¿eh?

—Eso es.

—¿De qué tiene miedo?

—Los mil dólares son el pago por ese trabajo, Durell, pero no le dan derecho a formular preguntas.

—Lo siento, es la costumbre. Los polizontes se pasan el tiempo haciendo preguntas a la gente... o disparando contra los pacíficos ciudadanos.

—Está usted amargado y resentido.

—En eso tiene razón, niña. Pero no voy a aceptar el trato.

Suspiró, impaciente.

—¿Por qué no? No tiene nada mejor que hacer...

—Escuche, me quitaron el revólver cuando me arrojaron del Cuerpo. Sin pistola, todos los matones de Reagan me buscarán para clavarme un par de plomos donde más me duela. Todo lo que usted conseguiría con mi escolta sería atraer sobre su cabeza los rayos que fueran destinados a la mía.

—Pero no iría usted desarmado...

Abrió su bolso y extrajo un revólver de cañón corto. Era un 38, «Colt Cobra». Pude ver que estaba cargado con toda su dotación.

—¿De dónde lo ha sacado?

—Hace años que está en casa. Podrá llevarlo usted durante el viaje y al llegar a Los Ángeles me lo devolverá.

—¿Tiene usted idea de lo que harían conmigo si pudieran cazarme con un revólver encima?

—¡Pero nadie sabrá que lo lleva, Durell! Y en todo caso, yo declararé en su favor, testificando que le presté el revólver para que pudiera custodiarme.

—Sigue sin gustarme el asunto.

—¡Oh, maldito tonto! Le regalo mil dólares por un trabajo tan sencillo. ¿Qué más quiere?

—Un cigarrillo, por el momento. Terminé los míos.

Barbotó un juramento entre dientes. Abrió el bolso y se llevó un cigarrillo a los labios, encendiéndolo. Entonces me lo entregó.

—Me gusta —dije—. Incluso el sabor de sus labios...

—No diga tonterías. Mi *rouge* no deja huella.

—Pero sí sabor.

Hizo un gesto de impaciencia.

—¿Acepta, sí o no? Viajaremos en mi auto.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Quinientos por anticipado.

Suspiró y una vez más hurgó en el bolso. Sacó un fajo de billetes

impresionante, del que separó quinientos dólares, que arrojó sobre la cama.

—Ahora está comprometido —dijo—. No piense que puede engañarme, Durell.

—No había pensado eso.

Se levantó. Erguida, magnífica dentro de su apretado vestido.

—Le llamaré para fijar la hora de partida —anunció, calzándose los finos guantes de hilo.

—Este cigarrillo huele a su boca.

—¿Qué?

Me levanté, cerrándole el paso.

—Me pregunto si sería capaz de seducirme para lograr mi escolta...

—¡Apártese!

La sujeté con fuerza y la dejé que se debatiera unos instantes.

Tras esto, la besé.

—¡Bruto! —jadeó.

La solté, sonriendo.

—Era el sabor de tus labios, después de todo.

—¡Maldito borracho...!

—No me digas que te disgustó. Después de todo, te llamas Fowler... Sonia Fowler. Tienes experiencia, por lo que oigo decir aquí y allá.

—Me conocía...

—He visto tu foto algunas veces. Y ahora, adiós, primor. Llámame cuando decidas emprender el viaje.

Abrí la puerta. Ella seguía mirándome como si quisiera fulminarme.

—Quizá el viaje resulte hasta divertido —dijo, de pronto.

Salió, altiva, como una reina.

Cerré la puerta de golpe y esperé unos segundos. Después, me puse la chaqueta y fui tras ella.

CAPÍTULO III

Me senté en la arena, tras una palmera enana y la balaustrada de la terraza exterior del The Star. Sonia acababa de tomar asiento en una mesa tan cercana que casi podía tocarla con sólo alargar la mano.

Pero no era eso lo que me interesaba, sino averiguar por qué demonios una muchacha como ella había preguntado por Karl Skouras.

Skouras era un alacrán vestido de etiqueta al que conocía muy bien. Respaldado por políticos y gentes sin escrúpulos, había montado un imperio de vicio guarecido en el The Star. El edificio era un auténtico laberinto en el que uno podía encontrar cualquier cosa que se le antojara.

Siempre que fuera de confianza y tuviera dinero suficiente con que pagar, por supuesto.

Y Sonia Fowler, la consentida hija del más poderoso abogado de la ciudad, se interesaba por el cacique que controlaba ese lupanar.

Bueno, decidí esperar.

Skouras llegó pronto, impecablemente vestido con un *smoking* blanco de trescientos dólares. Pude verle perfectamente desde mi escondrijo. Así capté la fatua sonrisa de superioridad con que saludó a la muchacha. Y luego, su voz:

—Hola —dijo—. Tardaste mucho en venir, querida.

—Eso debe haberte apenado —se mofó Sonia.

—No tanto —su voz se endureció—. ¿Por qué me llamaste?

—Quiero despedirme de ti, Karl.

El acercó una silla, sentándose frente a la muchacha.

—¿Despedirte? —dijo—. ¿Te vas de viaje?

—Me libro de ti, Karl... «querido hijo de perra».

Pude ver el cambio en las facciones del rufián. Toda jovialidad huyó de ellas y sus ojos lanzaron chispas.

—Estás diciendo tonterías, Sonia. Tú sabes que...

Ella le interrumpió abruptamente.

—Hasta ahora me has tenido sujeta en tus garras. No sé bien los motivos que té empujaron a hacerlo, pero imagino que fue por el sádico placer que sientes torturando a quien es más débil que tú. Pero esto se acabó, Karl.

—Un hermoso discurso, muñeca. Lástima que no va a servirte de nada.

El diálogo me interesaba cada vez más. Resultaba incluso edificante al ser protagonizado por aquellos dos seres abyectos, cada uno a su modo.

—Debes haber bebido más de la cuenta —le espetó Skouras, recobrando en parte su dominio—. ¿O piensas realmente que te soltaré sin más ni más?

—Eres demasiado ruin y miserable para eso, Karl, pero tendrás que olvidarte de mí para que yo también me olvide de ti. Porque, y escucha bien esto, bastardo del demonio, porque no lo repetiré: si no haces que me olvide de ti, todo lo que he averiguado sobre tu pasado, sobre tus crímenes, por los que mereces mil veces la muerte, llegará a manos de la, policía federal. Y a ellos no podrás sobornarlos, Karl Skouras.

El dio un salto, levantándose. Estaba pálido como la muerte. Esperé que estallara, pero en el último instante se contuvo, lanzando una mirada nerviosa a su alrededor.

—Jamás lo conseguirás —dijo, con voz silbante, cargada de amenazas.

Ella se echó a reír. En su fuero interno debía sentirse satisfecha por haber logrado sacar de sus casillas al elegante tahúr.

—Adiós, Karl —dijo, llena de burla—. Piénsalo, porque ésta es la última vez que nos vemos.

Skouras giró sobre los talones y se alejó sin una palabra, rígido.

Desde mi escondrijo contemplé con cierto respeto a la muchacha. Se necesitaban agallas para ir a un cubil y soltarle todo aquello a la cara a un tipo como el griego. Lo que no pude comprender fue qué pretendía Sonia, porque semejante comportamiento equivalía a unabierto desafío.

Ella acabó la bebida que le habían servido al llegar, se levantó, asegurándose que la minúscula falda cubría lo más preciso, y se

encaminó a la escalinata que descendía directamente a la playa.

Me moví con cautela. Estaba seguro que algo estaba a punto de suceder, aunque ella pareciera tan segura de sí misma y de su poder.

Mas no se puede menospreciar a un tipejo como Skouras. Vi dos sombras destacarse de un ángulo del edificio, aquél en que estaban las casetas de baño. Los dos hombres avanzaron rápidamente para cortar el camino de Sonia antes que llegara a la zona más iluminada.

Les seguí moviéndome como un gato. Hubiera podido gritarle a la muchacha que corriera, pero creo que deseaba que le dieran un buen susto.

Y se lo dieron, por supuesto. Los dos cayeron sobre ella como sombras. Uno le rodeó la cintura con un brazo mientras le tapaba la boca con la otra mano. El otro la sujetó fuerte por las piernas, y entre los dos la levantaron en vilo.

Pude adivinar sus intenciones tan claramente como si hubieran llevado un cartel con el relato escrito. Se aproximaban al agua, en ese paraje totalmente desierto. La sumergirían en el mar, sujetándola bajo las olas hasta que se ahogara. Entonces la soltarían y la policía tendría otro hermoso accidente entre manos. Uno de los muchos «accidentes» que se repetían de un tiempo a esta parte.

Sólo que no habían contado con el tercero en discordia.

No contaron conmigo.

La arena amortiguó mis pasos hasta que llegué a corta distancia del grupo. Pude oír los violentos jadeos de Sonia luchando por gritar su terror. Trataba de patear y defenderse, pero entre las garras de dos gorilas profesionales estaba perdida sin remedio.

Se volvieron al verme llegar. Uno soltó una maldición. Al mismo tiempo soltó las piernas de la muchacha y busco algo en el bolsillo de atrás del pantalón.

Le descargué un trallazo al hígado y eso le dolió. Lanzó un rugido de dolor y casi se olvidó de la pistola, tratando de atenzarme entre sus manazas.

Esquivé y volví a golpearle salvajemente en la cara. Cayó hacia atrás, pero se revolvió, y esta vez sí consiguió sacar una automática.

Le pateé la cara sin piedad. Algo estalló en un surtidor de sangre y otra vez se olvidó de su arma para llevarse las manos al

destrozado rostro, lleno de sangre y arena, rugiendo, maldiciendo y sollozando todo a un tiempo.

El otro había permanecido indeciso, porque Sonia se debatía cada vez con más fuerza ante la esperanza de salvación que yo representaba.

Pero en aquellas circunstancias, el tipo sólo podía hacer una cosa, y la hizo: soltó a la chica y retrocedió un paso mientras hundía la mano en la axila.

Tomé un puñado de arena y se lo arrojé a los ojos. Dio un grito y trató de frotárselos para aclarar la visión. Eso fue peor para él. Le descargué un puntapié más abajo del cinturón y sus gritos subieron de tono, al tiempo que se doblaba como una navaja.

Subí la rodilla como un rayo. Pude cazarle justo en el mentón, enderezándole. Sus gritos se hicieron extremadamente agudos cuando el hueso se rompió con un chasquido.

Sólo hube de sacudirle otra vez en un costado de la cabeza y se derrumbó, callándose de una vez. Para mí que incluso me agradeció ese último zurdazo, porque con él pasó a la inconsciencia y dejó de sentir todo el dolor que le aplastaba.

Me volví hacia la muchacha. Estaba acurrucada en la arena, sollozando. Comprendí que en la oscuridad no me había reconocido todavía.

La ayudé a levantarse y dije con ironía:

—Deberías aprender a andar sola por el mundo, nena.

—¡Usted!

—Ajá, el borracho en persona.

—Pero..., ¿cómo ha llegado hasta aquí... y, lo que es más importante, cómo ha llegado tan a tiempo?

—¿Realmente creíste que era tan tonto? En cuanto te fuiste, te seguí. Así llegué aquí.

—¡Te atreviste a...!

—No lo digas. Recuerda que acabo de salvarte la vida, nena. Por lo demás, no soy tan idiota como para meterme en un asunto como el que me propusiste sin tratar de saber de qué lado pueden llegarme los golpes.

—Está bien, está bien, pero vámonos de aquí. Skouras puede mandar a otros esbirros...

Echamos a andar por el borde del agua hasta llegar a la altura

de la autopista, que discurría a doscientos metros, sobre los pilares elevados de hormigón. Allí nos desviamos y yo dije:

—¿Cómo pudiste ser tan loca de anunciarle al griego lo que te proponías hacer? Podías suponer que no lo soportaría.

—Debía hacerlo.

—Estás loca, primor.

—No, Durell. Yo...

—Me llamo Steve.

—Oh, bueno, Steve... Debía hacer eso incluso arriesgándome. Mañana por la mañana debía ir a cierto lugar siguiendo instrucciones... u órdenes tuyas, llámalo como quieras. No pensaba ir. En lugar de eso, ¿sabes cuál era mi plan?

—Ni idea.

—Pensaba volver a tu piso y esperar allí hasta la hora de emprender el viaje a Los Ángeles. A tu lado hubiera estado segura..., Steve.

—Ya veo.

Dimos un rodeo hasta el lugar donde había dejado su auto, un soberbio «Jaguar» de dos asientos, bajo y poderoso, con su largo morro negro.

Cuando estuvimos en movimiento, le espeté:

—¿Qué sabes contra Skouras, primor?

—No hagas preguntas, Steve. Ya no eres polizonte.

—Escucha, si he de arriesgarme contigo...

—Todo lo que tienes que hacer es viajar conmigo.

—Ya veo... Sólo que si Skouras envía a sus «torpedos» en tu busca, tendré que hacer algo más que disfrutar de tu compañía.

—No lo hará... No sabe que voy a marchar esta misma noche...

—¿Qué?

—He cambiado de planes. Saldremos de inmediato.

—Bueno, jamás debí asociarme con una loca.

—Sólo tomaré una maleta y podremos irnos.

—¿Has pensado en mi equipaje?

—No necesitarás mucho tiempo para llenar una valija pequeña. Quiero partir cuanto antes.

—Está bien. Adelante, capitán.

—No te burles. Estoy muy asustada, Steve...

—Yo también. A propósito, ¿dónde tienes ese revólver?

—En mi bolso. Tómallo.

Abrí el bolso y saqué el 38. Ella añadió:

—Hay también una cajita de cartuchos, Steve.

La encontré. Todo ello cambió de mano.

Entonces me sentí mucho mejor.

Aunque no mucho, ésa es la verdad.

CAPÍTULO IV

Desperté cuando el coche dio un salto al tropezar con un profundo bache.

Y en la autopista de Los Ángeles no hay baches.

Seguía siendo de noche y el «Jaguar» traqueteaba por una carretera de segundo orden, bajo un túnel de vegetación. Los pinos gigantes crecían por todas partes.

—¡Eh! —exclamé—. ¿Te has vuelto loca? ¿Éste no es el camino de Los Ángeles?

—Ya lo sé, tonto. Hay un parador a menos de una milla. Estoy cansada y hambrienta, de modo que tomaremos un bocado y luego podremos continuar.

—Está bien; es la primera idea buena que se te ocurre.

El parador era un edificio de dos plantas, con algunas cabañas a su alrededor. Había una luz sobre la puerta de la administración y en alguna de las ventanas. A la derecha, el bar estaba abierto, aunque desierto.

Ella detuvo el coche frente al bar y entramos. Había un camarero corpulento al fondo, leyendo un periódico. Levantó la cabeza y vino hacia nosotros.

Al acercarse, le reconocí.

Su nombre era Muffy, y la profesión que había ejercido toda la vida no era la de camarero precisamente, sino pistolero. Pistolero a sueldo de los grandes del crimen. Un asesino sin conciencia, libre porque los jueces como Cumberland necesitan palpar con sus manos la sangre caliente de las víctimas para estar satisfechos.

Y las víctimas de Muffy jamás eran encontradas.

—Hola, Muffy —dije, con sorna—. ¿Cuándo cambiaste la pistola por una bandeja?

Me miró de arriba abajo. El desprecio más absoluto se retrató en su semblante.

—Usted ya no es nadie, Durell —me espetó.

—De modo que ya te enteraste.

—Tenga cuidado de ahora en adelante.

—Lo tendré, por supuesto. Díselo a Reagan. En algún tiempo trabajaste para él.

Se encogió de hombros. Sonia nos miraba con los ojos muy abiertos. Cuando comprendió que habíamos terminado nuestro cambio de atenciones, pidió un emparedado y cerveza, no muy segura de cómo iba a resultar el servicio.

—Lo mismo para mí, Muffy —dije—. Pero ocúpate de que no contenga veneno...

Se fue refunfuñando.

Sonia dejó la estola que llevaba sobre los hombros colgada de la silla.

—Voy a empolverarme la nariz, Steve. Vuelvo en un minuto.

—Está bien. No hay prisa.

La vi entrar por una puerta que había al fondo. Comencé a reflexionar que algo olía mal en todo ese embrollo. Ningún patrón decente emplearía como camarero a un pistolero declarado como Muffy.

Y el interés de la muchacha por que viniéramos precisamente a ese lugar...

Muffy se aproximó con una bandeja. Dejó los platos y las botellas sobre la mesa. Era tan torpe como un elefante, sirviendo.

Bebí un poco de cerveza, esperando. Ella tardaba mucho.

Pasaron algunos minutos más. Comencé a impacientarme. Cada vez me gustaba menos todo aquello.

Muffy había desaparecido por la entrada del final del mostrador, la que comunicaba con la cocina.

Y entonces estalló el grito.

Fue un alarido de terror que la voz de Sonia hizo, tan penetrante como un clarín de guerra.

Salté de la silla precipitándome hacia la puerta por la que desapareciera antes. Cargué contra la madera y la puerta se vino abajo con estrépito.

Sonia estaba en un rincón, agazapada y cubriéndose la cara con las manos. Un hombre estaba frente a ella y giró en el instante en que me precipité al interior con el revólver en la mano.

Una expresión de estupor apareció en su cara cetrina y brutal. Su mano voló en busca de su arma.

—¡Quieto! —grité.

No me hizo el menor caso y sacó una automática de gran tamaño.

Sólo entonces tiré del gatillo y la bala le pegó sobre la ceja izquierda. Rebotó contra la pared y cayó a los pies de la muchacha.

—¡Rápido, salgamos de aquí! —grité.

Oí los pasos de Muffy en el bar. Disparé a través de la puerta abierta, sólo para mantenerlo alejado.

Sonia corrió a mi lado.

—¡Ha sido horrible, Steve!... —sollozó.

—Me lo contarás luego, nena. ¿Por dónde entró ese tipo?

—Por esa puerta...

Descubrí la puerta disimulada en el muro. La abrí, viendo un largo pasillo al otro lado.

—¡Vamos!

Echamos a correr por él hasta el final, donde una puerta giró tan pronto la empujé. En aquel instante, Muffy nos mandó una bala desde los lavabos. Saltaron astillas sobre mi cabeza, pero pude cerrar y dar la vuelta a la llave antes de pasear la mirada a mi alrededor.

Estábamos en un despacho bien montado y desierto. Un gran ventanal abierto mostraba la oscura vegetación del exterior.

—Estamos de suerte, primor. Sal tú primero y pon en marcha el motor. Yo los detendré para que puedas salir sin riesgo y luego me reuniré contigo, ¿entiendes?

—Sí, Steve...

—¡Corre!

Saltó por el ventanal, desapareciendo en la noche.

Alguien forcejeó en la puerta en aquel momento. Les mandé una bala a través de la madera y uno de los atacantes lanzó un grito. Oí el impacto de un cuerpo al desplomarse y ruido de pies alejándose a toda velocidad.

Ya no esperé más y abandoné el despacho en seguimiento de la muchacha.

Cuando llegué al claro que servía de zona de aparcamiento, el «Jaguar» acababa de dar la vuelta y se alejaba a creciente velocidad

con un violento rugido de su potente motor.

Quedé helado, rígido ante la jugarreta. Y entonces comprendí muchas cosas, aunque ya era demasiado tarde para enmendarlas.

Oí voces en alguna parte y reaccioné, zambulléndome entre la vegetación. Muffy y dos tipos más, todos armados, aparecieron en el claro a tiempo de escuchar el rugido del «Jaguar» perdiéndose en la distancia.

Muffy rugió:

—¡Han escapado, maldita sea!

Otro gruñó:

—Y se han cargado al patrón y Monty está herido. Vamos a llamar por teléfono y veremos si podemos denunciarlo. Después de todo, el tipo ya no es polizone...

—Vamos.

Se fueron y todo quedó en silencio.

Entonces yo también me alejé, sintiéndome como un perfecto imbécil.

O como un asesino.

Porque no cabía duda que Sonia me había convertido en un asesino. Había sabido calcular mis reacciones. Su astucia había sido superior a mí en todo momento.

Anduve horas y horas hasta que amaneció. Entonces me tendí entre las rocas, en pleno bosque, y quedé dormido.

Dentro de muy poco tiempo, toda la policía de Bay City estaría lanzada en mi busca.

Incluso eran capaces de ofrecer una recompensa por mi cabeza.

Alguien iba a estar riéndose a mandíbula batiente.

Ese alguien sería Sonder Reagan.

Pero sólo reiría hasta que yo pudiera matarlo.

CAPÍTULO V

La música llegaba amortiguada por la distancia. Era imposible entrar en The Star por ninguna de sus entradas normales, porque en todas había hombres de Skouras, y si me reconocían, lo pasaría muy mal.

Reconocí el edificio en la fachada lateral, donde las ventanas, cerradas, no ofrecían muchas esperanzas tampoco.

Finalmente, encontré una fácil de violentar y la abrí, colándome al interior. Estaba a oscuras, pero un penetrante perfume flotaba en el aire, delatando el buen gusto de una mujer.

Una salva de aplausos retumbó sobre mi cabeza. Busqué la puerta a tientas. Me costó localizarla en la oscuridad, pero cuando encontré el tirador entre los dedos, oí unos pasos presurosos al otro lado, acercándose.

Me aplasté contra la pared por si a alguien se le ocurría entrar precisamente en ese cuarto.

La puerta giró, ocultándome. La luz del techo se encendió, deslumbrándome, y una mujer entró, quitándose el vestido de lentejuelas con que acababa de actuar en la pista.

No me descubrió de momento. La contemplé, asegurándome de que no era una visión irreal, sino una auténtica belleza de cuerpo soberbio.

Tomó asiento ante el espejo del tocador y entonces me vio reflejado en el cristal.

Lanzó un leve grito y se volvió. De un zarpazo descolgó una bata y se cubrió como pudo.

—¿Quién demonios es usted? —estalló—. ¡Salga de aquí ahora mismo!

—No grite, preciosa.

—¿Por dónde entró? No creo que le hayan dejado bajar desde el salón.

Ladeó la cabeza y dio un vistazo a la ventana. No era tonta.

—Por la ventana —dije—. Quiero ver a Skouras, pero sin que me descubran sus perros guardianes.

—¡Pues sí que...!

—Usted lo ha complicado todo, primor. No puedo dejarla aquí exponiéndome a que dé la alarma en cuanto me haya ido...

Se levantó, indignada.

—¡A mí no me mezcle en sus embrollos! —exclamó.

—¿Dónde está Skouras?

—En su despacho, supongo.

—¿Cómo puedo llegar hasta él?

—Por la escalera interior. Y ahora márchese y deje que me vista en paz. No quiero saber nada de todo esto.

—No es tan fácil. Si da usted la alarma, soy hombre muerto, nena.

—Por favor, nada de dramas —se burló.

Suspiré. Iba a tener que hacerlo.

—Muy bien, primor. Usted me guiará.

—¿Qué?

—Ya lo oyó —saqué a relucir el revólver y ella retrocedió como si acabara de ver una serpiente—. No le haré ningún daño, pero irá delante de mí hasta la oficina de ese puerco. Andando...

—Por favor...

—No voy a dejarla atrás.

Comprendió que no tenía escapatoria y asintió con un gesto, encaminándose a la puerta. Andaba con el mismo entusiasmo que si estuviera dirigiéndose a la guillotina.

—¿Cómo se llama, muchacha?

—Malí. Es mi nombre artístico.

—Me gusta.

—Búrlase todo lo que quiera...

—No me burlo. Guíame, nena, y recuerda que el revólver está a punto.

—Sí, ya lo sé.

Recorrimos todo el pasillo hasta unas escaleras. Al empezar a subir los peldaños, ella susurró:

—Hay un vigilante arriba... ¿Qué digo?

—Skouras quiere vernos. Te avisó antes de tu actuación. Si se

pone tonto, tendré que tumbarlo.

Asintió, temerosa.

El guardián era un tipo esmirriado, de ojos saltones y boca delgada y cruel. No le había visto nunca, por lo que pensé que tampoco él me conocía.

Malí desgranó su parlamento con voz convincente y el tipejo se tragó el anzuelo con sedal y todo.

—Ha subido hace menos de diez minutos —nos anunció, volviendo a su silla.

Seguimos escaleras arriba. La muchacha llamó a la puerta y una voz que reconocí bien dijo:

—¡Entre!

Malí entró primero. Oí a Skouras decirle algo respecto a que había estado muy bien en su número, pero luego se interrumpió cuando descubrió el revólver asomando a la altura de los senos de la chica.

Entré y cerré la puerta con llave.

—No se mueva, Skouras —le advertí—. ¿Sabe quién soy?

Esbozó una mueca de desprecio.

—Naturalmente..., «teniente» Durell.

Había un inmenso sarcasmo en su voz. Era un miserable con unos nervios de acero.

Malí susurró:

—Ahora que ya me ha utilizado a punta de pistola, ¿puedo largarme?

—¿Para que des la alarma y tenga a toda una camarilla de perros ahí fuera? Ni lo sueñes. Siéntate ahí, donde pueda verte mientras hablo con ese reptil.

Vi algo en la mirada de la muchacha. Algo que me desconcertó y que, desde luego, no era odio ni rencor.

Me desentendí de ella, aproximándome a la mesa.

—Ya sabes cómo trabajo, Skouras. Y ahora estoy fuera de la policía y acorralado, de modo que no me importa lo que pase contigo.

—¿Y qué con eso? No tardará en estar entre rejas. Mató usted a Masark la noche pasada.

—De modo que era Masark... En un tiempo fue tu lugarteniente, Skouras.

—Hace años de eso.

—Bueno, al demonio con él. ¿Qué negocio tenías entre manos con Sonia Fowler?

Palideció. Pero el tipo era frío como el hielo.

—Ninguno. Es una chica que le gusta divertirse... y aquí encontraba oportunidades.

—Otro embuste y comenzaré a portarme mal, Skouras.

—No le diré nada más.

—Anoche escuché tu conversación con ella, escondido bajo la balaustrada. Fue muy interesante. Luego, tus esbirros trataron de matarla y hube de sacudirles un poco...

—¡De modo que fue usted!

—¿Quién otro si no?

—Otro cargo que le caerá encima, Durell. Uno de los muchachos tiene la mandíbula rota y es posible que no lo cuente...

—Si muere, declararán día de luto nacional. Al grano, Skouras.

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Sé que puede hacerme mucho daño, Durell, pero no conseguirá sacarme una palabra. Yo también puedo ser duro cuando me conviene.

Había una fría determinación en su voz que me desconcertó.

Sólo para probarle le descargué un golpe con el cañón del revólver. Un surco sangriento apareció en su desgarrada mejilla.

Encajó las mandíbulas y logró esbozar una sonrisa.

—Está usted acabado, Durell —dijo solamente.

—Es posible, pero eso no te servirá de nada cuando estés bajo tierra. O en el hospital, porque voy a dejarte para que los cirujanos se vuelvan locos con tus despojos. Tú y Reagan sois quienes se reparten la ciudad... ¿Dónde entraba Sonia Fowler en esos manejos?

—Ella no tenía nada que ver en mi negocio...

De nuevo le golpeé. Esta vez le estropecé un poco su apolínea nariz, que empezó a sangrar abundantemente, arruinando el *smoking*.

—¿Dónde, Skouras?

Sus ojos llameaban de ira, pero el cañón del revólver ante sus ojos era un freno a sus impulsos.

—Muy bien —gruñó, al fin—. No veo por qué esa chica no ha de

llevar su ración de golpes... Ella necesitaba un lugar discreto para sus desenfrenos de toda índole. Yo se lo brindé a cambio de algunos servicios.

—¿Qué clase de servicios?

—Bueno..., ella pertenece al gran mundo, a la alta sociedad. Sólo debía traer a gente adinerada de vez en cuando..., gente a la que no le importase perder unos miles en mis mesas de juego.

—Ésa es una historia que en parte puede ser cierta, pero no es la historia completa. Tú la temas sujeta de algún modo, Skouras.

Sacudió la cabeza de un lado a otro. Se apretaba el pañuelo contra la nariz sin mucho éxito.

—Es cuanto puedo decirle —jadeó.

—Es suficiente como punto de partida. Otra cosa antes que me largue de este estercolero. ¿Qué tenía Masark contra Sonia?

—Regístreme. ¿Cómo quiere que yo lo sepa? Además, no veo cómo puede usted creerlo siquiera.

—Ella preparó toda la comedia para hacerme intervenir en el momento preciso. Quería librarse de Masark, pero era demasiado peligroso para hacerlo por medio de un asesino pagado..., de uno de sus asesinos, Skouras, entre otras razones porque Masark estaba asociado a usted. Así que la dama me engatusó, tramó el asunto del grito de terror y todo lo demás, y Masark mordió el polvo. ¿Entiende ahora?

Se encogió de hombros.

—No derramaré lágrimas por él.

—Pero sí por usted...

—¿Qué quiere decir?

—No descansaré hasta verle muerto, Skouras. Entre todos me han colocado en el disparadero. Muy bien, entre todos pagarán el precio que yo fije.

—Está loco, Durell.

—Tal vez... ¿Qué hay de Masark y Sonia?

—No sé nada de eso, polizonte.

Podía ser cierto, pero yo estaba seguro que mentía. En alguna parte había un nexo de unión entre los explotadores del vicio y Sonia, un hilo sutil que los unía a todos, y yo quería romper ese hilo.

Sólo que todavía no había llegado el momento.

—Voy a largarme de aquí, Skouras. No intente nada, ni moverse de su sillón hasta pasados unos minutos, o armaré una batalla en su local. Eso sería muy malo para su negocio.

Me deslicé hacia la puerta. La muchacha suspiró ruidosamente.

—Siento haberte utilizado, nena —dije—, pero no me dejaste alternativa.

—¡Márchese ya de una vez!

—Sí, seguro...

Abrí la puerta y atisé fuera. Todo estaba tranquilo. Saqué la llave de la parte interior y cerré por hiera, llevándomela para dificultar la salida del rufián.

Pero no bajé las escaleras, sino que las subí hasta el piso superior. Había un rellano con puertas alrededor, y a ambos lados de un corto pasillo.

Abrí algunas de ellas. Eran habitaciones conteniendo una cama, butacas y espejos por todos lados. Cada una disponía de su correspondiente cuarto de baño.

La última que inspeccioné era distinta. Más espaciosa, había en ella también una mesa y un gran armario empotrado. El armario estaba lleno de trajes, camisas, ropa interior y zapatos de hombre, todo de alto precio.

Aquél debía ser el nido de Skouras.

Lo registré cuidadosa y rápidamente. En un cajón había una automática «Colt 45». No la toqué.

Descubrí un doble fondo repleto de estuches metálicos. Abrí uno de ellos. Estaba lleno de un polvillo que yo conocía muy bien.

Los examiné uno a uno. Excepto dos, el resto era el fatídico polvillo embrutecedor.

Volví a dejarlo todo como estaba porque una idea empezaba a tomar forma en mi mente. No me entretuve analizándola entonces. Abandoné la habitación y salí al pasillo.

Abajo resonaba la voz furiosa de Skouras, y los pasos precipitados de sus matones lanzándose en mi busca.

Esperé agazapado hasta que la excitación se extinguió. Skouras cerró la puerta de su despacho con tanto ímpetu que sonó como un cañonazo. Tras esto, todo quedó tranquilo.

Descendí con cuidado. No podía atravesar la sala, de modo que no me quedaba más salida que el camerino de Malí. Si ella estaba

en él, iba a llevarse otro susto.

El guardián cadavérico estaba sentado en la silla, cuyo respaldo había apoyado contra la pared. Parecía enormemente aburrido.

Sólo cuando vio el revólver ante su nariz, el aburrimiento dejó paso al estupor y al miedo.

—Tranquilo, muchacho —le advertí—. No quiero ruidos innecesarios...

Le descargué un golpe en mitad del cráneo. Giró los ojos en las órbitas y cayó hacia atrás. Le dejé sentado en su silla, como si estuviera durmiendo...

Abrí el camerino sin llamar. Malí acababa de abrocharse el vestido de lentejuelas y dio un respingo al verme.

—¡Usted otra vez!

—Cálmate. Todo lo que quiero es salir por la ventana.

Cerré la puerta. Ella susurró:

—Supongo que sabe que todos los hombres de Skouras le están buscando a usted.

—Sí.

—Los hay en los jardines..., ahí fuera.

—Gracias por advertirme. Me ocuparé de que no me cacen.

Alguien llamó a la puerta y una voz gritó:

—¡Su número, Malí!

—¡Un minuto!

Abrí la ventana y atisé el exterior. No pude ver a nadie.

Ella, tras de mí, susurró:

—Escuche...

—¿Qué pasa ahora?

—Usted ha golpeado a Skouras... No le teme, ¿cierto?

—No, en absoluto.

—No me queda tiempo para hablar con usted..., pero vaya usted a Miami Place, 251, apartamento nueve. Encontrará a una mujer allí. Se llama Yvonne.

Dígale que va de mi parte y que puede ayudarla usted.

—¡Espere!...

—Eso es todo. Me juego la vida sólo con decírselo. Buena suerte, Durell.

Salió del camerino sin una palabra más.

Salté por la ventana y me alejé en la noche. Otra mujer. Era lo

único que me faltaba.

CAPÍTULO VI

Ella preguntó, sin abrir la puerta:

—¿Quién es?

—Mi nombre es Durell. Vengo de parte de Malí. Ella quiere que hable con usted.

—¿Es un amigo de Malí?

—Sí.

—Espere...

La espera se prolongó casi un minuto. Luego, la puerta se abrió, mostrando un interior en penumbra. No había más luz que la que penetraba por la ventana procedente de los chispeantes anuncios luminosos.

—Entre...

Avancé y ella cerró la puerta.

—Venga, siéntese aquí...

La seguí casi a tientas hasta un diván mullido en el que me hundí. Ella se quedó de pie frente a mí. Llevaba una prenda de encajes que le llegaba a los tobillos, pero a juzgar por lo poco que pude ver con las parpadeantes luces, la muchacha tenía una figura soberbia.

—¿Por qué Malí le ha dicho que viniera a verme? —preguntó.

—No lo sé. No ha tenido mucho tiempo para hablar, pero parecía creer que yo podría ayudarla a usted.

Calló. Estaba poniéndome nervioso.

—¿Hemos de permanecer todo el tiempo a oscuras, Yvonne?

—Así está bien...

Su voz se extinguió.

Entonces le espeté:

—¿Qué le pasa en la cara que no quiere que se la vean?

Contuvo la respiración y sus sollozos cesaron por unos instantes.

—Nada..., usted no comprende...

—Vamos, encienda la luz.

—¡No!

Encendí un cigarrillo. Cuando brilló la llama de la cerilla, ella se apartó, huyendo del tenue resplandor. Cada vez estaba más intrigado.

—Malí debiera haberle dicho la verdad, Durell —musitó.

—No tuvo tiempo. ¿Por qué no me lo cuenta usted?

—Lo haré. Sólo deje que me serene un poco...

Me levanté, acercándome a la ventana. Había algo tan extraño e inusitado en aquella situación que atirantaba mis nervios. Me volví, dando irnos pasos aquí y allá. Así localicé la llave de la luz.

Ella murmuró:

—Se lo contaré todo y que sea lo que Dios quiera... Ya no puedo más...

Di vuelta al interruptor y la luz brilló. Yvonne lanzó un grito agudo y se cubrió el rostro con las manos, encogiéndose sobre sí misma.

—¡Apague esa luz! —rugió.

Me acerqué a ella y tomé sus manos. Hube de utilizar buena parte de mi fuerza para apartarlas de su rostro, y cuando lo conseguí, casi me arrepentí de haberlo hecho.

Sentí un frío de muerte azotarme todo el cuerpo a la vista de las profundas cicatrices, del amasijo de carne retorcida y torturada que convertía su cara en una máscara horrible, monstruosa. Incluso el labio superior había sido partido y vuelto a unir de cualquier manera, de modo que al quedar torcido daba la sensación de una eterna y descamada risa de conejo.

Poco a poco solté sus manos. Ella las bajó, sin intentar cubrir los horribles destrozos.

—¿Satisfecho, Durell? —murmuró entre sollozos.

—¿Quién fue, Yvonne?

Casi adiviné la respuesta.

—Hombres de Skouras —susurró—. Me llevaron a una casa que posee en las afueras... Me tuvieron un mes después de... de hacerme eso.

—¿No la curaron?

—¡Oh, claro que sí! Me mandaron el médico de la pandilla... Se ocupó de que no sufriera una infección..., pero no hizo nada por

reparar el mal...

—¡Malditos! —exclamé—. Debí haberlo matado cuando lo he tenido ante mi pistola. ¿Quiénes la torturaron, Yvonne?

—Nunca los había visto. Muffy se llama uno de ellos.

—¡Muffy! De modo que sigue trabajando para Skouras después de todo...

—El otro respondía al nombre de Gosalves. Creo que era mexicano. Tenía la costumbre de jugar continuamente con un cuchillo de resorte.

A ése no le conocía, pero me juré a mí mismo cazarlo algún día y hacerle comer su propio cuchillo.

—Podría preguntarle ahora por qué le hicieron eso —dije con voz sorda—, pero no lo haré, Yvonne. No quiero amargarle más la noche.

—No me importa contárselo todo... El verdadero culpable es un hombre gordo y brutal. El quiso...

—Lo comprendo.

—Estuve enferma de asco la primera vez, Durell. No quise volver a pasar por lo mismo otra vez. Por eso me sentenciaron... mi desprecio hacia ese sapo baboso era un insulto demasiado grave...

—Olvédelo. Déjelo en mis manos, pequeña...

Me miró con sus ojos inmensos. No habían podido quitarle toda la belleza y la luminosidad de su mirada. Mas, el resto de la cara producía escalofríos.

—Se me ocurre...

—¿Qué, Durell?

—¿Tiene usted dinero?

—No mucho... algunos ahorros.

—Alguien tendrá que pagar entonces.

—¿Para qué?

—La clínica, las intervenciones y todo eso.

—No comprendo. ¿De qué está hablando?

—Tengo un amigo que es cirujano —dije—. Un gran cirujano. Ha realizado algunas intervenciones de cirugía estética con notables resultados. ¿Quiere intentarlo, Yvonne?

—¿Usted cree que podrá hacer algo por esos horribles destrozos?

—¿Por qué no? Tendrá que dejar cicatrices en otras partes de su anatomía, pero éstas quedarán ocultas a las miradas de todo el

mundo.

—Si fuera posible...

Descolgué el teléfono. Todavía dije, mientras marcaba el número del médico:

—Le salvé la vida una vez. Ya es hora de que le pase la factura... ¡Oiga! ¿Doctor Balcombe?

—Al habla.

—Aquí Durell.

—¡Cristo! —exclamó—. ¡Usted!

—¿Qué pasa?

—Se dicen cosas terribles...

—No todas son ciertas.

—Sólo con que lo sean el diez por ciento es suficiente. ¿Qué puedo hacer por usted, está herido o algo así?

—Estoy perfectamente, pero necesito su ayuda. No para mí, sino para una muchacha. Un tratamiento muy largo con toda seguridad... cirugía, ¿comprende?

—Bueno, que venga mañana a mi clínica y...

—Ahora, doctor.

—¿Ahora? Hombre, Durell...

—Tiene que ser esta noche, doctor. Quiero acompañarla y durante el día no puedo circular con seguridad. Y ella tampoco está en condiciones de mostrarse a la curiosidad pública.

—¿Tan mala es la cosa, Durell?

—Peor.

—Conforme. Tráigala.

—¿A su clínica, doc?

—Estaré esperándoles.

—Gracias, doctor. Sabía que podía contar con usted. En cuanto a sus honorarios...

—Hablaremos de eso en su momento. Ahora, tráigala.

—Está bien. No mencione a nadie esta llamada, por favor.

Colgué y me volví hacia ella. Yvonne estaba llorando.

—Bueno, ¿qué pasa ahora? —dije, atónito—. El médico la atenderá esta misma noche. Se quedará en su clínica, a salvo...

—No lloro por eso..., sino por..., por la esperanza recobrada, Durell. Usted no puede comprenderlo, naturalmente, pero acabo de volver a recobrar la confianza en mí misma... y en los demás.

Gracias a usted.

—Tonterías. Le pasaré la factura a su tiempo. Una factura que tal vez le reporte un riesgo.

—No me importará.

—Okey, reúna lo más preciso, tome alguna buena fotografía suya y vámonos.

Se detuvo en el umbral del dormitorio. Volviéndose, murmuró:

—¿Y Malí? Éste es su apartamento. Se asustará cuando vea que me he marchado. Ella sabe que no salgo nunca.

—Yo me ocuparé de avisarla. Apresúrese.

Desapareció cerrando la puerta. Quince minutos después estábamos rumbo a la clínica.

Por si no tuviera suficientes quebraderos de cabeza me había caído otro sin buscarlo siquiera. Tal vez más adelante pudiera sacarle dividendos...

Malí cerró la puerta a sus espaldas y se apoyó contra ella, cansada. En la oscuridad vio brillar la brasa de mi cigarrillo y dio un respingo.

—¿Eres tú, Yvonne? —exclamó.

—Si te gusta llamarme así... —repliqué.

—¡Usted!

Avanzó después de encender la luz. Le sonreí a pesar de lo agotado que me sentía.

—¿Dónde está Yvonne?

—En buenas manos.

Le conté rápidamente lo que había hecho. Al final preguntó:

—¿Cree que ese médico podrá hacer algo por ella?

—Casi estoy seguro.

Vino a sentarse a mi lado. No cabía duda que también ella estaba muy cansada.

—¿Por qué ha regresado usted aquí, Durell?

—Yvonne quería que usted supiera lo sucedido. Otra buena razón es que este apartamento me ofrecía un refugio seguro durante unas horas. Y todavía queda una tercera razón, más importante para mí.

—¿Sí?

—Usted.

—¿Cómo?

—Verla de nuevo, sin prisas ni riesgo de recibir un balazo.

Suspiró, impaciente.

—No necesita cortejarme. Si precisa quedarse aquí para escapar a la persecución de que es objeto, está bien, quédese, pero por favor, no se crea obligado a mostrarse galante conmigo.

—Nada de obligaciones. Quizá esté enamorándome de usted después de todo.

—Siga así y le echaré escaleras abajo a pesar de su revólver.

—Lo crea o no, estoy lleno de confusiones. La mujer que iba a casarse conmigo se apartó de mí como de un leproso cuando liquidé a Carmino... y un hombre no puede vivir sin una mujer.

No replicó. Luego, tras un silencio susurró:

—¿Cómo has llegado a verte metido en este lío, Durell?

—Es largo de contar, y desagradable. Hablemos un poco de ti para variar.

—No quiero hablar de mí. Pensar en mi pasado solo conduce a recordar cosas desagradables.

—Siempre se puede tomar otro camino. Nunca es demasiado tarde para cambiar de rumbo y tú podrás comprobarlo algún día. Tu trabajo, ahora, te obliga a ser superficial, y sin embargo, hay en ti algo muy sincero y hermoso. Y no me refiero sólo a tu cuerpo.

Me miró como si quisiera asegurarse que no me burlaba de ella.

—Lástima que no nos conociéramos mucho tiempo atrás, Durell...

—Llámame Steve.

Sonrió. La sujeté por las manos y tiré de ella con suavidad, permitiéndole resistirse si lo deseaba.

No resistió y encontré sus labios bajo los míos, y su beso me hizo olvidar todo lo que me atormentaba, desde la deserción de Olga al peligro que se cernía sobre mí.

La estreché entre mis brazos. Nos miramos largamente, muy juntos. Sus ojos tenían el brillo de las estrellas.

—Steve...

—Dime.

—Tengo miedo de creer que eso puede ser cierto...

—¿Qué puede ser cierto?

—Que podamos amarnos. Tú y yo hemos sufrido engaños terribles. Por mi parte, creo que no resistiría otro engaño... ¡Por

favor, nunca trates de burlarte de mí!

—¿Cómo podría hacerlo, si también estoy enamorándome de ti?

La besé de nuevo otra vez y muchas veces más. Tantas que la noche se deslizó como un soplo.

Amanecía cuando se quedó dormida.

CAPÍTULO VII

Atravesé las desiertas oficinas de la redacción. Un botones salió por una puerta y me dirigió un vistazo distraído sin reconocermé.

Escuché voces al llegar cerca del garito de cristales que servía de oficina a Mac Frailan, el director del News, de Bay City. Me detuve junto a la puerta y capté otra voz, que reconocí sin dificultad. Era ronca y lenta, como si tuviera dificultades en la garganta.

Las dificultades de Joe Kheskin con su voz dentaban del exceso de *whisky*.

Mac Frailan gruñó de pronto:

—¡Ya lo tengo!

—¿Ya tiene qué?

—Todo eso no es más que un truco, Joe; una cortina de humo.

—¿Quién es ahora el que ha bebido más de la cuenta? —le espetó su reportero jefe.

—Olvida tu maldita botella por una vez y atiende.

—Adelante, dispare. De todos modos, la botella está vacía...

Mac Frailan soltó un rotundo taco dedicado al reportero. Luego dijo:

—Le han dado un puntapié en las posaderas sólo de cara a la galería, ¿comprendes? La idea es dejarlo suelto para que limpie la ciudad de asesinos y traficantes. Es la única manera de que pueden valerse dado que no pueden conseguir pruebas. Y cuando Durell haya concluido el trabajo reconocerán que sufrieron un error, que ha hecho un buen favor a la comunidad y todas esas cosas y le admitirán de nuevo. ¡Infiernos! Son capaces de erigirle un monumento, hombre.

Joe Kheskin soltó una risita que contenía todo el sarcasmo del mundo.

—Está usted en la luna, jefe —dijo, riendo—. Durell está metido en el peor lío de su vida. Dentro de poco lo tendrán acorralado, y

como no es hombre que se entregue sin lucha tendrán que matarlo. No hay ningún truco en todo esto.

—¡Tú qué sabes! ¿Por qué no le han detenido ya, si es como tú dices?

Sentí tentaciones de echarme a reír, pero escuché todavía un poco más.

Joe gruñó:

—Porque es demasiado listo y escurridizo, ésa es la razón. Durell era uno de los mejores policías que he conocido, y usted sabe que he conocido a muchos. Se reirá de los demás hasta el día que se canse. O hasta que haya barrido a las pandillas de Bay City, y si lo consigue será contra los deseos de los políticos y demás gentes interesadas en que las cosas sigan como hasta ahora.

—No pretenderás que escribamos un editorial glorificándole...

—No me disgustaría. Y me gustaría más todavía tener una entrevista con él.

Empujé la puerta y me colé dentro del cuchitril.

—Eso es fácil de conseguir, Kheskin —dije, cerrando a mis espaldas.

Los dos dieron un salto, estupefactos, mudos. Luego, Mac Frailan masculló:

—¡Que me cuelguen! ¿Cómo se ha atrevido...?

—Necesito su ayuda —le atajé.

Kheskin exclamó:

—¿Cómo podemos ayudarle, desde el periódico acaso?

—Así es. Después, tendrán en exclusiva toda la historia, y será una historia sensacional.

—Explíquese. Veremos qué nos ofrece.

—Sencillamente; la captura de un bastardo traficante de drogas, propietario de juegos amañados, jefe de una pandilla de pistoleros y respaldado por políticos cuyos nombres saldrán a relucir en el reportaje.

Mac Frailan se estremeció.

—¿Aportará pruebas de todo ello, Durell?

—Seguro... Incluso es posible que les entregue pruebas de varios asesinatos.

Kheskin no esperó la decisión de su jefe, sino que exclamó:

—¡Cuenta con nosotros, Durell! ¿Qué pretende que hagamos por

nuestra parte?

Sonreí. Había contado con su ayuda porque conocía bien a los dos.

—Es sencillo. Se trata de que publique una crónica en su próxima edición. En ella deben dejar bien claro que detrás de mi expulsión de la policía existe una turbia maniobra, sucia y falsa, para librarse de mí definitivamente. Digan que yo les he citado para la noche siguiente, bajo la promesa de revelarles los detalles del complot, y los nombres de los explotadores del vicio en Bay City, y los de quien protege esa lacra. Eso les obligará a actuar precipitadamente.

Se miraron entre ellos y después me miraron a mí como si estuvieran viendo un loco inofensivo o un retrasado mental.

Mac Frailan fue el primero en estallar.

—¡Claro que actuarán! —Gruñó—. Eso sería tanto como firmar su propia sentencia de muerte, Durell.

—Es un riesgo que debo correr.

—¿No debemos citar más nombre que el suyo?

—Ninguno más. Los nombres los sabrán en la entrevista de la noche, así como todos los detalles y pormenores del tráfico de narcóticos y todo lo demás.

—Usted va detrás de Reagan —dijo Kheskin—. ¿Es él el responsable de quien está hablando?

—Reagan es uno de los que morderá el polvo. Pero hay otros, especialmente los que están detrás de las candilejas. Reagan se reparte la ciudad con Skouras, eso es del dominio público, aunque cada uno de ellos cuenta con sus propias influencias.

—Está bien, me ha convencido usted, Durell. Publicaremos ese artículo y lo demás dependerá de usted.

—Estaba seguro que podía contar con ustedes dos... Ya recibirán noticias mías.

Abandoné la redacción del periódico muy ocupado en pulir los detalles del plan que se me había ocurrido. Un plan definitivo si la suerte me acompañaba.

Entré en un bar y me encerré en la cabina telefónica. Marqué un número y hablé unos instantes. Luego disqué otro y, cuando alguien preguntó quién hablaba sólo dije:

—Eso no tiene importancia. Creo que para su carrera será una

buena publicidad desenmascarar una pandilla de criminales... Haga que registren el The Star. Hay juegos prohibidos por todas partes, además de ser un lupanar de lujo. En el piso alto hay una habitación ocupada por Skouras. Encontrarán gran cantidad de drogas y una pistola que puede haber servido para cometer algún asesinato. Pero deben darse prisa antes que alguien de la alarma.

Colgué sin escuchar las protestas del tipo. Aquélla era la prueba definitiva que sentenciaría a alguien por anticipado.

Me encaminé al The Star a buen paso. No era la hora más concurrida, pero a pesar de ello reinaba cierta animación y la orquesta se esforzaba por alegrar el ambiente.

Di la vuelta al edificio. La ventana del camerino de Malí estaba abierta y me colé por ella de un salto.

Apenas toqué el suelo al otro lado cuando sus brazos se enroscaron en torno a mi cuello.

En la oscuridad, nuestros labios se encontraron en mudo combate del que los dos deseábamos salir vencidos.

Después, ella susurró:

—¿Estás decidido, Steve?

—Sí.

—Vuelve pronto. No viviré hasta que te vea regresar.

—Lo que voy a hacer sólo me llevará unos minutos.

Volví a besarla y salí del camerino.

El guardián de la escalera había sido cambiado. Éste era grande y pesado. Lo encontré de espaldas a mí, atisbando por entre las cortinas que había tras los músicos. Estaba absorto mirando a las mujeres que evolucionaban en la pista seguramente.

Era un mal centinela.

Le descargué tal culatazo que incluso un hombre de tanta envergadura y peso se derrumbó sin un gemido. Tras esto, subí las escaleras a saltos hasta la habitación de Skouras.

La puerta estaba abierta de par en par y la habitación vacía.

Entré, yendo directo al escondrijo de las drogas.

Habían desaparecido. No quedaba de ellas el menor rastro.

También la pistola había emprendido el vuelo.

El amigo Skouras tenía un magnífico servicio de información.

Volví atrás. El guardián seguía sumido en el sueño de los justos. Lo dejé que siguiera durmiendo.

Malí abrió la puerta lo justo para que entrara y volvió a cerrar inmediatamente.

—¡Steve, cuánto has tardado!

—Pero si sólo he empleado unos minutos...

—¡Un siglo, querido!

La estreché entre mis brazos.

Luego, me separé de ella porque temí dejarme vencer por los sentimientos.

—Te veré en el apartamento, Malí —dije—. Hasta entonces, pórtate bien.

Asintió y yo volví a utilizar la ventana para largarme de aquellas peligrosas intermediaciones.

Ya no me detuve hasta el apartamento de Malí. Encendí la pequeña lamparita de la mesa de centro donde estaba el teléfono. Consulté la guía y marqué el número.

Una voz ruda gruñó al otro extremo del hilo:

—¿Quién habla?

—¿Sargento Morton?

—¡Teniente!

—Cuidado con lo que dice, sargento.

—No importa, estoy solo en casa. ¿Cómo está, teniente?

—Mejor de lo que cabía esperar. ¿Puedo contar con usted para algo muy grave?

—No debería usted dudarle, teniente. ¿Qué he de hacer?

—¿Cree que podrá contar con tres o cuatro hombres más de jefatura, dispuestos a secundarnos hasta el final?

—Delo por hecho.

—Entonces, escuche usted bien, pero antes debo advertirle que si la cosa falla o algo sale mal, usted y esos muchachos se encontrarán en peor situación que la mía.

—De vez en cuando hay que correr algún riesgo, teniente.

Me sentí conmovido por la bravura y la fidelidad de aquel hombre. Hablé rápida y concisamente para impedirle reaccionar y formular demasiadas preguntas que no hubiera podido responder.

Al final sólo dijo:

—Espero que sepa usted lo que está haciendo, teniente. De todos modos, cuente con nosotros.

Colgué. Había llegado la hora de ajustar cuentas.

CAPÍTULO VIII

Leí el periódico mientras tomé el desayuno en el apartamento de Malí. Mac Frailan y Joe Kheskin habían cumplido su parte, incluso excediéndose en las descripciones de lo que les había prometido el «exteniente Durell».

Un titular a cuatro columnas, en la primera página, anunciaba la próxima entrevista. A juzgar por el artículo, cuando la entrevista en cuestión tuviera lugar, los cabecillas y protectores políticos del crimen estarían tan perdidos que ningún picapleitos podría librarlos de la cámara de gas.

—Si con eso no saltan hasta el techo es que no tienen nervios — comenté entre bocado y bocado.

Malí murmuró, inquieta:

—Saltarán, qué duda cabe..., pero será para cazarte todos a la vez...

—Por lo menos lo intentarán, lo cual no quiere decir que lo consigan.

Apuré el café y encendí un cigarrillo, levantándome. Ella se abrazó a mi cuello rebotando inquietud.

—Steve...

—Todo irá bien.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

—Nunca puede uno estar seguro de nada en este negocio, pero por lo menos ya sé con toda seguridad quién mueve los hilos tras las bambalinas.

Tuve cierto trabajo para librarme de sus brazos. Ella se quedó quieta, viéndome marchar con los ojos brillantes de lágrimas.

Anduve apresuradamente buscando los lugares más concurridos. Necesitaba un lugar desde el que pudiera ver el edificio de la redacción del periódico sin ser visto, y lo encontré en un apartamento por alquilar que había a cierta distancia.

Estuve examinándolo con mucho interés. La encargada me dejó solo a los pocos momentos, y entonces atisé por las ventanas en busca de algo que yo sospechaba que debía estar allí.

No fue difícil. Estaban dentro de un coche estacionado casi frente a la redacción. Fumaban incesantemente y el humo de los cigarrillos brotaba por ambas ventanillas delatando la presencia de los espías.

El artículo del periódico comenzaba a rendir beneficios.

Abandoné el apartamento. Dije que no me interesaba y me largué de aquellas intermediaciones.

Quince minutos más tarde encontré una cabina cerrada en un bar y llamé a la redacción. La voz de Mac Frailan gruñó un interrogante al otro extremo del hilo.

—Durell —dije solamente.

—¡Oh, usted! Buena se ha armado.

—¿Mucha actividad?

—¡Y qué actividad! Ha habido momentos en que pensé que iban a encerrarme... el capitán Murray llegó a tildarme de encubridor.

—¿Qué más?

—Llamadas y más llamadas. Desde ciudadanos indignados hasta el propio Skouras.

—¿Qué quería éste?

—Saber dónde íbamos a entrevistarnos usted y yo. Le dije que no lo sabría hasta que usted volviera a comunicarse conmigo.

—Perfecto. ¿Sabe usted que hay dos torpedos estacionados en la calle?

—Los he visto desde mi ventana. Esperan que salga para seguirme.

—¿Qué sabe de Reagan?

—Nada. Ése es más astuto que Skouras. No asomará la oreja a menos que tenga todos los triunfos en la mano.

—Vamos a proporcionárselos, Mac Frailan.

—No comprendo...

—Ni es necesario. Límitese a llamar a Skouras. Dígale que a las doce estaré esperándole a usted en Beach Rock, que he decidido adelantar la entrevista porque ya tengo todos los datos. ¿Comprende?

—¿Y realmente irá usted allí?

—Ni más ni menos.

—Ahora es cuando creo que está chiflado, Durell. Le harán trizas, Skouras y su pandilla.

—Bueno, dejaremos que lo intenten. Recuerde, a las doce es la entrevista.

—Sí. ¿Cuándo he de llamar?

—Deme una hora de tiempo. Después, adelante.

—Está bien. Si le matan publicaré una esquila a media página...

—Eso es un gran consuelo para mí —dije, riendo.

Colgué. Saqué una pequeña guía de teléfonos y busqué un número que no figuraba en la guía normal. Cuando lo marqué, una voz bronca respondió casi al instante.

—¡Hable!

—Avisen a Reagan —exigí con voz resuelta—. ¡Rápido!

—¿Quién es usted?

—Eso no te importa en absoluto. Llámalo o tendrás un disgusto, estúpido.

—¡Escuche!

—¡Escúchame tú a mí, gorila! Si Reagan no recibe mi aviso a tiempo, dentro de unas horas estará muerto. Ahora, piénsalo y decide.

Oí un cuchicheo de voces quedas. Después, otra voz gruñó por el auricular:

—¿Qué demonios de lío es éste?

—¿Reagan?

—Yo soy Reagan. ¿Qué pasa?

—Escúchame bien, Reagan, porque no tengo tiempo para repetir nada. Pueden descubrirme de un momento a otro... ¿Comprendes?

—¿Qué he de comprender?

—Skouras ha decidido quedarse con todo de una vez. El sabe que tú eres el más fuerte, por eso ha planeado eliminarte.

—¿A mí?

—A ti y a la mayoría de tus muchachos.

—¡Espera un momento! ¿Quién eres?

—No te lo diré hasta que te hayas convencido de la veracidad de cuánto te digo. Entonces hablaremos. Todo lo que quiero es un puñado de billetes y entrar en tu nómina. Skouras está volviéndose tacaño y peligroso. Quiero separarme de él.

—Así que trabajas para ese puerco...

—Sí.

—Está bien, sigue...

—No sé más, sólo que lo ha planeado todo para las doce y media. Sabe que a esa hora acudirás a cierto lugar.

—Está loco... no voy a ir a ninguna parte.

—¿Ni para terminar con Steve Durell?

—¿Qué? —rugió.

El auricular vibró en mi oído.

—Creí que lo sabías... Durell ha citado a los emborriona cuartillas en Beach Rock, a las doce y media, Skouras piensa que tú te presentarás allí, despacharás a Durell y entonces él te caerá encima con todos sus muchachos...

—¡El muy...!

—¿Has comprendido?

—¡Seguro!

—Quizá fuera buena idea que fueras allí a las doce en lugar de las doce y media, Reagan, a fin de adoptar posiciones para sorprenderlos a todos cuando lleguen.

—Sí, seguro, eso es lo que haré. De modo que Durell...

Decidí que ya le había dicho suficiente. Un último golpe de efecto redondearía las cosas, así que exclamé:

—¡He de cortar, Skouras está subiendo las escaleras! Recuerda que te avisé a tiempo...

—Si todo eso es cierto no tendrás queja de mí.

Colgué. El asunto estaba en marcha y no tardaría en estallar como un volcán.

Beach Rock había sido un parador de turismo en sus buenos tiempos. En la actualidad no era más que un conjunto de edificios arruinados, sin techos y con montones de escombros por todas partes. En la parte delantera de lo que fuera edificio principal las olas llegaban, mansas, casi hasta la puerta.

En la parte posterior se extendía una pequeña explanada que sirviera de estacionamiento privado, y más allá, en semicírculo, estaba el bosque.

Una carretera en pésimas condiciones conducía desde la autopista hasta las ruinas.

Cambié de posición porque ya llevaba más de dos horas sentado

en el suelo, detrás de un trozo de pared que se sostenía en pie de milagro. Por un enorme boquete podía vigilar la explanada, el bosque y la carretera.

Faltaban quince minutos para las doce cuando escuché el rumor de varios coches acercándose. Luego, los motores pararon y ya no hubo más ruidos.

Bien, la cosa marchaba. Habían ocultado los autos en la espesura, y los pistoleros tomaban posiciones en el bosque para aproximarse a la explanada. Lo único que no sabía era de quién se trataba, si de Skouras o Reagan.

Lo supe minutos más tarde, cuando Skouras asomó por detrás de un grueso tronco, vigilante, empuñando una pistola. A su alrededor, precavidos, se movían sus hombres.

Un minuto antes de las doce, dos coches grandes y pesados llegaron abiertamente. Reagan estaba seguro de anticiparse media hora a su rival y a mí mismo, de modo que no tenía porque esconderse.

Detuvo los autos en la explanada y él se apeó, alto, recio, impresionante y peligroso como un tigre. Habló autoritariamente a sus esbirros, señalándoles las ruinas y los árboles, distribuyéndolos para que tomaran posiciones. Después, habló brevemente con los dos conductores.

Los autos dieron media vuelta y emprendieron el camino de regreso, seguramente para aguardar en la autopista.

Empuñé el revólver y verifiqué la carga. Algún día debería devolvérselo a Sonia Fowler...

Apunté cuidadosamente el árbol en que había visto agazaparse a Skouras. Los hombres de Reagan, tres de ellos, venían hacia mí sin adoptar precaución alguna.

Skouras asomó la mitad de la cara para vigilar a sus enemigos. Estaba tan inquieto como asombrado.

Disparé contra él. La bala arrancó la corteza del árbol a una pulgada de su cabeza.

Retrocedió de golpe y chilló una orden, convencido de que había sido uno de los hombres de Reagan quién había intentado matarlo.

Su gente inició la batalla. Las armas retumbaron todas a la vez. Reagan se aplastó contra el suelo, cazado en descubierto. Sus hombres corrieron en todas direcciones. Dos se precipitaron hacía

mi escondrijo.

Disparé contra uno de ellos y la bala debió pegarle de lleno, porque brincó en el aire y cayó, quedando inmóvil.

El otro comprendió que estaba cazado entre dos fuegos y se dejó caer de bruces. Las balas del tipo zumbaron muy cerca de mí.

La batalla se hizo general. Por todas partes tronaban las armas, gritaban los hombres y aullaban los heridos.

Reagan disparaba sin cesar. No cabía duda que era un buen luchador cuando se veía acorralado, pero Skouras estaba mejor parapetado y los disparos de su gente causaban estragos entre los matarifes de Sonder Reagan.

De pronto, éste se levantó de un brinco y comenzó a correr en zigzag hacia unas rocas amontonadas más a su derecha. Skouras saltó también fuera de la protección del árbol, dispuesto a cazarlo sin piedad.

Falló el tiro justo cuando Reagan se zambullía detrás de las rocas, que le protegían de los disparos de Skouras y su gente..., pero no de los míos. Para mí estaba perfectamente al descubierto.

Repentinamente, Skouras abrió los brazos y por un instante pensé que iba a abrazarse al árbol. Pero nunca llegó a tocarlo siquiera. Se derrumbó de bruces y ya no se movió más.

Los gritos de los pistoleros se agudizaron. Reagan se incorporó porque la batalla estaba llegando a su fin.

Por entre los árboles los esbirros de Skouras huían como liebres, perseguidos por los dos o tres pistoleros de Reagan que quedaban con vida.

Levanté el revólver poco a poco. Al fin, el gran Reagan estaba ante la mira de mi arma.

—¡Reagan! —grité.

Se volvió en redondo. Ale vio y el mundo pareció caerle encima de golpe.

—¡Durell!

—Ajá.

Sólo unos veinte metros le separaban de mí. El seguía empuñando su revólver, pero lo tenía apuntado al suelo y sabía que en cuanto moviera la mano yo le mataría.

—¡Acércate, Reagan! —ordené.

—¿Para qué? Tendrás que disparar desde ahí, Durell.

—¿Crees que no acertaré a esa distancia? Debiste pensar que jamás podrías vivir tranquilo después de asesinar a mi hermano Jerry...

Sacudió la cabeza.

—Estás loco, Durell. Yo no lo maté.

—Tus esbirros.

—No, Durell.

—Carmino se jactó de ello.

—Estás equivocado... Carmino se jactaba de cualquier cosa que pudiera darle importancia..., pero nunca dijo que lo matásemos nosotros. El estaba enterado de quién lo mató, eso es todo.

—¿Sí?

Era una burda treta para salvar el pellejo. No podía ser de otra manera. Había vivido más de un año odiando hasta el nombre de Reagan sólo por lo que había hecho con mi hermano. Y ahora me salía con esa excusa ridícula...

—Créeme, Durell. No tuvimos nada que ver con tu hermano... Nunca quise desafiarte porque eras un policía peligroso que jamás aceptó el soborno...

Absurdo. ¿Es que iba a vacilar en aquel instante supremo?

De repente, él levantó el revólver y disparó. La bala desgarró la manga de mi chaqueta. Tiré del gatillo completamente loco de ira.

Reagan saltó, girando sobre sí mismo. El revólver escapó de sus dedos muertos antes de que él se desplomara. Todavía pude clavarle dos plomos más antes que se aplastara de cara contra las rocas que le sirvieran de parapeto.

Estaba muerto.

Yo había vivido doce meses de infierno soñando en ese momento. Ahora que había llegado no era nada agradable.

Y el maldito había conseguido sembrar la duda en mi mente.

Incluso después de muerto seguía atormentándome como una maldición.

CAPÍTULO IX

Muffy entró en la oficina que había pertenecido a Skouras pavoneándose como un sapo. Le dejé que cerrara la puerta y entonces me incorporé al otro lado de la mesa.

—Has tardado mucho en aparecer por aquí, Muffy.

Dio un salto y estuvo a punto de echar a correr hacia la puerta. Sólo se contuvo cuando balanceé el revólver.

Me senté en el sillón de Skouras.

—Saca tu pistola, Muffy, y déjala caer al suelo.

Obedeció porque sabía bien que la muerte rondaba a su alrededor ansiosa por echarla la zarpa.

—Ahora empújala con el pie hacia mí..., así está bien.

Recogí la automática, guardándomela en un bolsillo.

—Acércate.

Avanzó sin entusiasmo.

—¿A qué has venido?

No pudo contener una mirada brillante dirigida a los volúmenes que adornaban una gran biblioteca y que jamás había leído nadie.

—A nada en particular —gruñó—. Sólo pensé que alguien debía hacerse cargo de todo esto, muerto Skouras...

—¿Pensabas quedarte con el negocio?

—Bueno...

—¿Qué más, Muffy?

—Nada más. Yo era el que estaba mejor informado del manejo de The Star...

—Claro, claro... ¿Recuerdas a Yvonne?

Respingó, aterrorizado.

—¡No sé quién es esa mujer, Durell!

—Tienes una memoria fatal.

Bajé un poco la mira del revólver. El se tambaleó, pálido como un cadáver.

—Tú y un mejicano hicisteis un trabajo a fondo en su cara, Muffy... y eso vas a pagarlo ahora mismo. Te romperé las dos rodillas, ¿sabes? Jamás volverás a andar erguido. Luego, tus brazos sufrirán el mismo tratamiento... hasta que maldigas la hora en que viniste al mundo.

—¡No, Durell..., no lo haga!

—¿Por qué no?

—Puedo...

—¿Qué es lo que tú puedes hacer por mí?

El sarcasmo de mi voz no le afectó. Estaba terriblemente asustado, como todo pistolero que se encuentra sin armas ante un enemigo.

—Hay un documento en este despacho, Durell..., un documento muy importante...

—¿Qué clase de documento?

—Deje que lo busque... Si se olvida de mí lo tendrá usted...

—¿Sabes dónde está ese papel acaso?

—Todo lo que sé es que Skouras lo ocultó en uno de los libros.

Lo pensé rápidamente. Eso no podría llevarnos mucho tiempo, y después podría hacerle pagar igualmente el daño causado a Yvonne.

—Okey, Muffy, búscalo. Pero deja que te diga un par de cosas. Si sólo es un truco para ganar tiempo, las cosas se pondrán peores para ti luego. Y si tienes la idea de arrojarme algún libro para sorprenderme, entonces te haré pedazos. Y no bromeo.

—Lo sé.

Me apoyé contra la pared para evitar que nadie pudiera sorprenderme por la espalda si entraba en el despacho. El comenzó a revisar libro por libro, tomándolos entre sus manazas y sacudiéndolos violentamente.

De un par de ellos cayeron papeles, pero eran simples trozas utilizados como señal.

Le costó diez minutos hallar lo que buscaba. Lo recogió del suelo y su rostro se iluminó con una mueca feroz.

—Aquí está, Durell..., apuesto que le gustará..., léalo.

—Déjalo sobre la mesa y retrocede otra vez.

—No se fía usted de nadie, ¿eh?

—Gracias a eso estoy vivo.

Dejó el papel sobre la pulida superficie de la mesa. Luego; dio

algunos pasos atrás.

Avancé y tomé el papel. Era un simple trozo arrancado de una libretita de apuntes. La escritura era fina y picuda, indudablemente de mujer.

Lo leí.

«Esta noche, a las nueve, Durell estará en Basin Beach. Espero que cumplas tu parte del trato».

Estaba firmado solo con dos iniciales:

S. F.

¡S. F.!

¡Sonia Fowler acaso!

No comprendí de momento. No recordaba que nadie me hubiese tendido una encerrona en aquel lugar que mencionaba la nota...

Basin Beach...

Y de pronto la comprensión estalló en mi cerebro como una bengala.

¡Jerry!

¡El había sido asesinado en Basin Beach!

Durante unos instantes lo vi todo rojo. No sé qué vio Muffy en mi rostro que se echó atrás, aterrorizado.

Sacudí la cabeza y le miré intentando serenarme.

—¿Sabías el contenido de esta nota, Muffy?

—Sí... la leí una vez, hace mucho tiempo.

—¿Quién lo mató?

—¿A su hermano quiere decir?

—A Jerry, naturalmente.

—Ella.

—¿Sonia?

—Quería que lo hiciera Carmino, pero éste se negó porque no le ofrecía bastante dinero, o quizá porque Reagan castigaba a los hombres de su nómina que emprendían aventuras por su cuenta.

—¿Y esa nota...?

—Eso vino después. La mandó a Skouras, cuando estaban de acuerdo para el trabajo.

—Entonces, ¿por qué lo mató ella personalmente?

—Eso lo tramó Skouras. Aquella noche, la chica bebió como un cosaco..., quiero decir que estaba ebria... Skouras la volvió loca. Y ya sólo necesitó guiarla y preparar el escenario. Ella disparó contra su hermano hasta vaciar el cargador de la pistola, Durell.

—Ya veo...

—A partir de entonces, Skouras hizo cuanto se le antojó de ella. Además, buscó un testigo material del crimen... Masark.

Lo comprendí todo entonces... Masark era el hombre al que maté en el parador cuando tramó la comedia de su terror y sus gritos.

—Eso acaba de salvarte la vida, Muffy —dije con voz que no se parecía en nada a la mía—. Firmarás una declaración con todos los detalles.

—Sí, sí..., lo que usted quiera, Durell...

Vi cómo se ponía rígido. Y comprendí que yo acababa de cometer el más grave error de mi vida al quedar de espaldas a la puerta.

Una mueca de triunfo alumbró por un instante el rostro brutal del pistolero. Luego, una voz estalló detrás de mí:

—¡Suelte el revólver, Durell!

Era la voz de Sonia Fowler.

¡La voz de la asesina de mi hermano Jerry!

Muffy anunció:

—¡Tiene el papel, Sonia!

—¿La nota?

—¡Sí! Mátales, Sonia, mátales...

Tensé los músculos. Ella ladró otra vez:

—¡El revólver, Durell, o le mato!

—Vas a hacerlo de todos modos...

Su arma retumbó. Me arrojé de bruces tratando de esquivar.

Entonces sucedió algo asombroso. Muffy se llevó las manos al estómago y cayó de rodillas con los ojos desorbitados.

Me volví. Ella disparó de nuevo y la bala barrenó en alguna parte de mi pecho. Empezó a reír, la mirada reluciente como la de un demonio.

Tiré del gatillo de su propio 38 que todavía conservaba. Ni siquiera pensé en herirla solamente.

La cacé de lleno y el pesado proyectil la arrojó hacia atrás. Caía

sin dejar de chillar cuando la segunda bala le entró por el seno izquierdo y eso acabó con ella definitivamente.

Me levanté, tambaleándome como un borracho. La sangre comenzaba a empapar mi camisa blanca.

Muffy jadeó su dolor y su miedo, mirándome como un perro apaleado.

—¡Llame a un médico, Durell! —gimoteó.

—¿Para qué? Tú estás muerto de todas formas...

—¡No, no...! Debe ayudarme... no puede dejarme morir así...

—Díselo a ella. Te ha matado porque no quería testigos esta vez...

—¡Un médico...!

Las paredes comenzaron a girar a mi alrededor. Un dolor penetrante y agudo se disparó de repente en mi pecho.

Entonces, una silueta apareció en la puerta. Alguien que gritó histéricamente y se precipitó hacia mí. Ni siquiera pude levantar el revólver, lo que fue una suerte porque los brazos que se cerraron en torno a mí no lo hicieron para estrangularme...

—¡Steve, oh, Steve...!

—¡Mali...!

—¡Estás herido!

—Sácame de aquí... llama al doctor Balcombe..., doctor Balcombe...

—Sí, sí... apóyate en mí, Steve..., tengo el coche abajo...

—Balcombe... no lo olvides...

—¡Dios mío!

Me derrumbé.

CAPÍTULO X

Tardé dos días a estar en condiciones de levantarme. Durante ellos habían sucedido infinidad de cosas, según me informó el doctor Balcombe.

Acababa de vestirme cuando volvió a entrar.

—No crea que puede volver a las andadas, Durell —gruñó de mal talante—. Debería seguir en cama unos días más.

—Tengo mucho que hacer todavía.

—Tiene que hacerse matar, por lo que veo.

—Olvídelo. ¿Cómo está Yvonne?

—Mejora rápidamente. Pero eso es sólo el principio. Habrá que realizar otras intervenciones...

—Lo cual significa un gasto muy elevado, ¿eh?

—No lo he mencionado por eso, Durell.

—Lo sé. Alguien tendrá que pagar... yo me ocuparé de eso.

Asintió y luego dijo:

—Tenga cuidado. El brazo derecho apenas le obedecerá durante un par de días. Lleve la mano en el bolsillo a fin de obtener mayor descanso. Y no haga ningún esfuerzo si no quiere que la herida se abra de nuevo.

—Lo recordaré, doc.

—Ahí fuera está el sargento Morton. Lo he traído conmigo, tal como usted pidió.

—Dígale que pase.

Morton entró con una profunda preocupación reflejada en su semblante.

—Casi me volví loco cuando supe que usted había desaparecido, teniente... ¿Cómo le hirieron?

—Eso carece de importancia. ¿Tiene a los hombres que le pedí?

—Cinco. Dispuestos a todo por usted.

—Magnífico.

—¿Qué fue esa batalla, teniente? Todo el mundo afirma que fue organizada por usted...

—Ya hablaremos de todo esto con más tiempo. Ayúdeme a ponerme la chaqueta...

Al vestirme con ella sentí el dolor. Morton gruñó:

—No debería salir de aquí todavía, teniente..., no está en condiciones.

—Estoy bien... Escuche, busque un teléfono discreto y llame al juez Cumberland, al senador Gallagher y al abogado Fowler. Cítelos inmediatamente en el despacho del capitán Murray en su nombre. Una reunión urgente, ¿comprende?

Asintió y salió disparado.

Cuando regresó me ayudó a andar hasta el coche que aguardaba abajo.

Una vez en marcha indagué:

—¿Ha trascendido la muerte de Sonia y de Muffy?

—No, señor. Nadie está enterado de ello.

—Muy bien.

—Cerré el The Star —anunció—. Espero que el próximo propietario sea un tipo honesto, teniente.

—Yo también lo espero.

El auto se detuvo frente a la jefatura. A tan temprana hora apenas había movimiento, porque los guardias y patrulleros del turno de la mañana habían salido ya, y los relevados estaban camino de sus casas.

Detrás del mostrador de la centralita, un sargento montaba guardia.

Los dos o tres policías que rondaban sin rumbo se detuvieron en seco al reconocerme. Al mismo tiempo, el sargento Morton esgrimió su revólver reglamentario.

—¡Mucho cuidado! —les advirtió—. ¡Adelante, muchachos!

De una dependencia interior salieron cinco hombres jóvenes. Todos llevaban las armas empuñadas y en unos segundos se hubieron apoderado de la planta baja.

Entré en una sala de espera desde la que podía escuchar las voces de allá fuera. Morton dejó la puerta apenas entornada, de modo que si me acercaba a la rendija podía ver qué sucedía.

Los primeros en llegar fueron Mac Frailan y su reportero

Kheskin, quienes sin pronunciar palabra fueron a sentarse en el banco más alejado.

Luego entró Fowler, quien miró a su alrededor.

—El capitán me ha citado aquí —anunció—. Díganle que estoy aquí.

—Lo lamento, señor; el capitán todavía no ha llegado.

Fowler esbozó un gesto de impaciencia.

Consultó su reloj y decidió esperar.

Poco después entró el juez Cumberland. Frunció el ceño al ver tanta inactividad.

—¿También a usted le ha citado Murray? —indagó.

—También —asintió Fowler.

Estaba preocupado y no podía disimularlo. Pensé que todavía se preocuparía mucho más cuando yo acabara con él.

El juez dio una mala mirada a los dos reporteros. Kheskin sacó una botella aplanada del bolsillo y bebió directamente de ella con un ruido de gorgoteo. El juez no pudo evitar una mueca de desprecio.

Luego, el senador Gallagher irrumpió con toda su gordura, su orgullo y altanería. Hubo un cambio de saludos, consultó también su reloj y gruñó:

—Murray ya debería estar aquí, ya que nos ha citado tan temprano. ¿Alguno de ustedes sabe lo que quiere?

Nadie lo sabía, naturalmente.

Sólo el senador refunfuñó:

—Imagino que se tratará de Durell..., ese criminal que está burlándose de toda la policía de Bay City.

Mac Frailan dijo con evidente sarcasmo:

—Hasta ahora nadie puede acusarlo de criminal, senador... Falta de pruebas convincentes, diría yo. ¿No es cierto, juez?

Cumberland emitió un gruñido. Empezaba a divertirme cuando el capitán Murray entró con sus pasos resueltos.

Pero se detuvo en seco al ver la reunión de gente importante.

—¡Vaya! —exclamó—. ¿Qué pasa para que estén todos aquí a estas horas?

Se miraron uno al otro, estupefactos. Al parecer eso no les aclaró nada y el juez estalló:

—¡Usted debe saberlo puesto que nos ha citado, capitán! Soy un

hombre muy ocupado y usted lo sabe, de manera que espero que el motivo de esta reunión sea lo bastante importante para justificar esta pérdida de tiempo...

El capitán le miró como si le creyera loco. No necesitó fingir su sorpresa.

El senador habló y su tono de buen político resultó incluso amable a pesar de las circunstancias.

—¿Por qué nos ha hecho venir, Murray? Algún motivo debe usted tener para llamarnos a todos.

El capitán estalló:

—¡Qué motivo ni qué infiernos! No sé una palabra de estas citas. Me gustaría saber de qué modo les he citado, si no es ningún secreto.

El silencio que siguió no fue roto por nadie. Los únicos tranquilos eran los dos reporteros, contemplando la discusión desde cierta distancia, divirtiéndose con todo aquello.

Kheskin daba frecuentes achuchones a la botella, celebrando quizá el éxito anticipado de su reportaje.

El sargento Morton intervino, apaciguador, siguiendo mis instrucciones.

—Permítame, capitán...

—¿Sí, sargento?

—¿No será todo eso una jugada de Durell? Todos los presentes intervinieron en su expulsión. No me sorprendería que él hubiera planeado esto.

—¿Y por qué Durell tendría que reunimos a todos, sargento, tiene usted una explicación a eso, sargento?

Morton se encogió de hombros y calló.

Kheskin dijo con voz difícil:

—Quizá tiene la idea de volar el edificio con todos ustedes dentro. Sería un buen remate para este caso...

Algunos gruñidos fue todo lo que obtuvo como respuestas. El capitán tomó una determinación, como yo había supuesto que haría.

—Vengan a mi despacho. Hablaremos allí.

Todos le siguieron, pero él les cerró el paso a los dos periodistas.

—Si más tarde tengo algo para la Prensa ya les llamaré.

—Eso constituye un atropello, capitán —se quejó Mac Frailan.

Murray le cerró la puerta en las narices.

Entonces abandoné mi refugio. Los policías se habían distribuido estratégicamente, dominando todas las entradas y salidas.

—Mantengan los ojos abiertos, muchachos —les recomendé—. No podemos permitirnos ninguna sorpresa ahora.

Mac Frailan gruñó:

—¿Vamos?

—Sí.

—¿Cómo se encuentra?

Moví la mano que llevaba en el bolsillo.

—Podía haber sido peor —dije.

El sargento Morton me sonrió.

—Suerte, teniente. Si usted nos falla tendremos que emigrar.

—Todo irá bien..., espero.

Empujé la puerta del despacho de Murray y entré, seguido de los dos reporteros.

El capitán se levantó lentamente con los ojos muy abiertos. Estaba tan atónito que ni siquiera pensó en buscar un arma, que yo sabía guardaba en un cajón.

Los otros tres habían perdido hasta la última gota de color. Les dediqué una sonrisa cargada de burlón desprecio.

Sólo dije:

—¿Mac Frailan?

El periodista recitó de corrido:

—El teniente Durell viene a entregarse a la policía, señores. Se ha colocado bajo la protección de la Prensa para asegurarse un trato justo y equitativo y al mismo tiempo para darnos a nosotros la exclusiva de toda la información que resulte de este acto. ¿No es así, Durell?

—Así es —dije, mirando a los reunidos uno a uno.

El primero en recobrar la voz fue el capitán.

—Está bien, Durell —dijo—. Le felicito por obrar con honestidad en este caso. Demuestra una gran claridad de juicio al entregarse. Yo le prometo...

—¡No haga usted promesas que luego no pueda cumplir! —le espetó el abogado, interrumpiéndole.

Murray calló, dejándose caer sentado en su silla.

—No necesito promesas, Fowler. No vengo como reo, sino como

acusador.

—¿Se ha vuelto loco? —rugió el juez Cumberland.

—No levante la voz, juez —le aconsejé amablemente—. Va a necesitarla después. Voy a revelarles algunas cosas muy interesantes en presencia de los representantes de la Prensa local. De modo que limítense a escuchar por el momento.

Comprendí que por el momento dominaba la situación. Dominé también el dolor punzante que sentía en el pecho.

Los dos reporteros habían sacado sendos blocks de notas y aguardaban lo que iba a seguir.

—Quiero creer que después de meter en los cestos las carroñas de Reagan y Skouras, todos ustedes respiraron más tranquilos... ¿O alguno derramó lágrimas de dolor?

Nadie replicó. Estaban aplastados por mi desfachatez. Los lápices volaban manejados por los periodistas.

—¿Nadie tiene nada que decir? —añadí, burlón—. Entonces, sigamos. Deben saber que las dos pandillas se destrozaron mutuamente. Fue un buen sistema para librar de criminales y pistoleros a la ciudad. Un sistema que no exigió pruebas...

—¡Usted! ¡Usted urdió la encerrona!

—¿Olvida que la batalla se desarrolló entre las dos pandillas rivales? No hay ninguna duda posible al respecto. Se cazaron unos a otros sañudamente. Pensé que puesto que a mí me estaba prohibido limpiar Bay City de alimañas asesinas, sería una gran cosa que ellos hicieran mi trabajo. Resultó una buena idea.

—¡Eso es digno de usted, Durell! De un matarife... —chilló el juez—. Si creía que había algo delictivo en la conducta de esos hombres...

—¡Oh, cierre la boca de una vez! —le espeté—. Ellos jamás necesitaron pruebas para matar a un semejante. Quiero que lean algo interesante..., es la declaración de una mujer. Una mujer que no cometió otro delito que ser demasiado bella. Atrajo la atención de un puerco sin moral y sin conciencia, escudado detrás de su posición para satisfacer sus instintos más bajos y repugnantes... Esa mujer se negó a las pretensiones de ese individuo. Skouras se encargó del castigo por encargo de ese maldito sapo... Le desfiguraron la cara bárbaramente para que sirviera de escarmiento...

Dejó los papeles sobre la mesa. Junto a la declaración de Yvonne depositó dos fotografías.

—Esas fotos podrían titularse «antes y después» de la salvajada.

Se inclinaron sobre las fotografías. Hasta los periodistas se precipitaron hacia adelante para examinarlas. Mac Frailan maldijo entre dientes.

—¿Tiene copias? —preguntó.

—No se preocupe quiero que las publique también.

—¡Puercos!

Murray dejó escapar el aire retenido en sus pulmones.

—¿Vive? —preguntó todavía.

—Sí. Y declarará todo lo que sabe, porque la protegeré personalmente. A ese testigo nadie la obligará a colgarse de una sogá.

—¿Sabe quiénes lo hicieron? —balbuceó el juez.

—Con toda seguridad. Uno se llamaba Muffy. Lo mató hace dos noches una mujer. El otro es un mejicano que no irá muy lejos. Le cazaré como a una rata.

—¿Podrá probar una acusación contra ese hombre que usted dice fue el responsable?

La voz del juez era ahora temblorosa. La horrible fotografía tomada en la clínica, antes de iniciar las intervenciones, le había anonadado.

—Haré algo más que probarlo —prometí—. Le obligaré a confesar de plano. Además, alguien deberá pagar las operaciones a que está siendo sometida, y los gastos de la clínica.

La tensión subió como un cohete a medida que pasaban los minutos. Creo que adivinaban que yo me reservaba todavía otros triunfos en la manga.

Entonces proseguí:

—Esos documentos son una declaración firmada por esa muchacha. Constituye una prueba, juez. Trate de desvirtuarla ante un jurado, después que se hayan presentado también las fotografías.

El abogado gruñó:

—No tienen ningún valor legal como prueba, Durell. Por lo menos la declaración, porque falta la corroboración.

—Usted y sus legalismos... A propósito, ¿ha sabido algo de su hija últimamente?

Dio un respingo.

—¡No intente mezclarla en esto, Durell! —vociferó.

—No voy a mezclarla en algo en que ya lo está... No obstante, podría acusarla de asesinato en primer grado, asesinato con la atenuante de encontrarse bajo el dominio de los estupefacientes, e intento de homicidio...

Se levantó de un salto y levantó el puño, dispuesto a golpearme.

No moví un músculo. Mac Frailan se interpuso entre él y yo.

—Siéntese, picapleitos —le aconsejé—. Le falta oír todavía lo más duro.

Se dejó caer sentado. El miedo comenzó a asomar a sus pupilas.

—El asesinato en primer grado —dije—, es el de un tipo llamado Muffy, aunque reconozco que merecía morir. Sólo que ella lo mató cuando él estaba desarmado e indefenso, confiando en que ella aparecía para ayudarle. El crimen bajo el efecto de drogas lo cometió en la persona de mi hermano Jerry...

—¡Durell! —exclamó el capitán, atónito—. Usted siempre dijo que fue Reagan...

—Me equivoqué. Ahora poseo pruebas de la verdad. ¡Pruebas, señor juez!

El senador dijo blandamente:

—¿Y el intento de homicidio, Durell?

—Intentó matarme a mí. La bala que me atravesó de parte a parte fue disparada por ella. No me dejó otra alternativa más que disparar...

Eso cayó como una bomba. Fowler tardó unos segundos en captar todo el significado de lo que yo había dicho, y al comprenderlo levantó la cara, tan blanca como la cera, y sus ojos extraviados escrutaron mi rostro tratando de ver en él una esperanza, un resquicio de luz por el que pudiera asomar la vida de su hija...

Sólo dije:

—Murió, Fowler.

Abatió la cabeza y cubrióse la cara con las manos.

Coloqué el papel que cayera de entre las hojas del libro sobre la mesa ante él.

—Mire eso, Fowler... ¿Es la letra de su hija?

Asintió, desesperado. Ni siquiera la leyó.

Volví a guardarla en el bolsillo. El juez se levantó, muy rígido.

—Ha obrado usted arbitrariamente, Durell. Desde el alto cargo que ocupo, yo...

—Un momento, juez —calló y volvió a sentarse y entonces le espeté—: No quiero que nadie se llame a engaño. Esta mañana he cursado una solicitud al Tribunal Supremo de la nación para que ordenen revisar todos los casos fallados por usted, Cumberland. Con la petición adjunto unos informes que no cabe duda harán inclinar la balanza en favor de mi petición.

Eso acabó con su combatividad. Pensé que envejecía a la vista de todos. Ya no le quedaron más ganas de soltar discursos y frases llenas de retórica hueca.

—Y creo que ya casi podemos terminar —añadí—. «Casi», porque todavía falta algo más. Todos ustedes me expulsaron de la policía porque maté a Carmino y a otros matarifes profesionales en legítima defensa. Sobre ellos pesaban multitud de crímenes y violaciones. Sin embargo, ninguno de ustedes estaba limpio de culpa... Usted, capitán, por haber sido un hombre débil ante las presiones de ellos y otros ciudadanos poderosos. Abusó de su cargo y casi puso la ley y el orden en las manos sucias de esos individuos... Tan sucias como las del senador Gallagher.

El gordo dio un respingo. Todos los ojos se volvieron hacia él.

Sin embargo, era el único que conservaba la calma y los nervios.

—Ahora me toca a mí —cloqué—. ¿Cuáles son los cargos, exteniente?

—Yvonne —dije solamente.

Estaba preparado desde el principio y encajó el golpe sin parpadear.

—Eso —dijo—, es algo que en todo caso sólo le importa a mi mujer... y a mí mismo. A nadie más.

Por unos instantes perdí la serenidad. Volteé el brazo izquierdo y le incrusté el puño en la boca con un golpe respaldado por todo mi peso.

Rugió de dolor, pero yo no sentí menos, porque la herida de mi pecho pareció despertar y un dolor atroz me sacudió de arriba abajo.

Gallagher se levantó pesadamente, apoyándose en la mesa. Los dientes delanteros le habían saltado con el impacto. Tenía sangre

escurriendo por su barbilla como una roja baba...

Yvonne le había llamado «gordo baboso»... La imagen era muy real entonces.

—Usted es el más repugnante de todos, senador..., el más ruin y miserable, el hombre al que me habría gustado matar sin piedad alguna... ¿Qué parte se embolsaba usted de los negocios de Skouras?

—¡Está usted loco, Durell! —rugió—. Sólo conocía a Skouras de verlo en su establecimiento.

—Descubrimos sus libros... Mejor dicho, el sargento Morton los encontró. Usted está inscrito en ellos con una fabulosa tajada. Socios a partes iguales en todos los negocios sucios de la ciudad... Millones al cabo del año. Además, él le proporcionaba sus sucias diversiones. Hasta que fijó sus ojos en Yvonne...

—¡No, maldito sea usted, no es cierto!

Los ojos parecían querer saltarle de la cara.

—Es inútil, senador. Esta vez está acabado. Gracias a usted se mantenían en pie esas pandillas de forajidos, porque ellos imponían la ley del terror, y con ese terror crecían los negocios sucios. Drogas, prostitución, crímenes, extorsión, protección..., todo entraba en su esfera porque todo ello rendía millones. Usted era el encargado de velar porque nada les sucediera, hicieran lo que hiciesen... ¿Recuerda una llamada telefónica, aconsejándole que dispusiera a la policía, con su influencia, para que asaltaran la habitación de Reagan, porque estaba abarrotada de drogas?

Si estaba pálido, al oírme se volvió de color gris.

—Esa llamada la hice yo, senador, y después revisé la habitación del tahúr y las drogas habían desaparecido. Usted se apresuró a avisarle, delatándose con ello. ¡Atrévase a negarlo, senador!

No lo negó. Apretándose un pañuelo sobre la boca, se levantó y fue a detenerse cerca de la ventana. Estaba vencido y lo sabía. Era su vida destruida definitivamente.

Estaba de espaldas a nosotros cuando dijo:

—Ha ganado usted, Durell. Fue lamentable que no le mataran al principio..., verdaderamente lamentable.

Nadie habló. Ni siquiera se movieron, excepto los dos periodistas, que seguían tomando notas frenéticamente. Reinó un silencio pesado como el plomo.

De nuevo, el senador habló, todavía de espaldas a nosotros:

—Ha estropeado usted algo tan grande que ni siquiera comprende lo que significaba... por eso digo que lamento que no le mataran al principio..., porque voy a tener que hacerlo yo.

Se volvió y en su mano había una automática de forma aplastada que me apuntaba sin la más ligera vacilación.

Murray inició un movimiento, pero la pistola le cubrió también, sólo oscilando ligeramente.

—Cuidado, capitán, no quiera suicidarse ahora —le advertí—. La cosa sólo va conmigo.

—Es cierto, sólo va con usted. Voy a matarle y créame que no me causa ningún placer. Ha desbaratado lo que me costó años levantar. Usted, creo que sin sospecharlo siquiera, ha hundido unos negocios que podían producirnos cien millones de dólares al año. Ahora, cuando lo haya matado, ya nada importará.

Supe que estaba dispuesto a disparar. Y yo no quería morir, mucho menos cuando tenía tantos motivos para vivir...

Porque él estaba dispuesto a disparar en aquel preciso instante.

Así que le dije:

—Lo siento, senador, de veras...

El estruendo del disparo nos ensordecía.

CAPÍTULO XI

Durante unos segundos eternos nadie se movió. Todos esperaron ver cómo me derrumbaba. Un tufo a tela chamuscada se elevó en la estancia mezclándose con el olor de pólvora sin humo.

Primero abatió el brazo y su mirada se tomó como de vidrio. Luego, cayó hacia adelante, golpeando la mesa con la cara y atropellando al juez en su caída.

Di un manotazo a mi bolsillo agujereado para apagar la brasa que el disparo había encendido en la tela. Luego, saqué la mano derecha. Realmente, la tenía casi inerte. Pero el revólver había servido una vez más para salvarme la vida.

Todos seguían mirando al senador como hipnotizados. Un largo suspiro escapó de la garganta de alguien. Mac Frailan carraspeó.

El sargento Morton abrió la puerta y asomó la cabeza, retirándose cuando vio que la situación estaba bajo mi control.

Kheskin gruñó:

—Jamás vi a nadie con tantas ansias de hacer daño como a ese baboso... Acaba usted de nacer hoy, Durell.

—Sí.

—¿Lo ha matado?

—Espero que no.

Murray se inclinó sobre el corpachón derribado.

—Tiene la bala en el pecho, muy alta para que le mate. Vivirá.

—Eso es lo que yo quería —dije—. El tiene que pagar las cuentas de la clínica en que está siendo atendida Yvonne... Muerto, no habría podido sacarle ni un centavo.

Kheskin rió, burlón. Luego dijo:

—Nos largamos de aquí, Durell... Gracias por el éxito.

Salieron de estampida.

Yo me fui tras ellos. Nadie intentó detenerme, ni siquiera Morton. Atravesé la gran sala de detectives y llegué a la calle.

Todo había terminado.

Al día siguiente volvería a jefatura para recuperar mi chapa y mi revólver.

Eso sería al día siguiente.

Cuando llegué a casa de Malí, después de pasar el día en la clínica del doctor Balcombe, había cerrado la noche y el apartamento estaba a oscuras.

—¿Estás ahí, nena? —dije, cerrando la puerta.

—Aquí, querido, cerca de la ventana.

Fui hacia ella y le rodeé la cintura con mis brazos. La besé en los cabellos. Ella susurró:

—¿Te das cuenta? No hay luna esta noche. Sólo estrellas..., millares de estrellas, Steve. Pienso que alguna de ellas debe ser la nuestra.

—Seguro.

Ella dio la vuelta, apretándose a mí como si temiera perderme.

—¿Terminado? —susurró.

—Terminado.

Un largo suspiro surgió de su boca. Lo corté por la mitad con la mía. Sus brazos subieron hasta enroscarse en mi cuello. Sus palabras eran apenas un susurro.

—Te quiero, teniente...

—Mañana.

—¿Qué sucederá mañana?

—Volveré a ser teniente. Quizá me asciendan... Me besó. La besé.

Bueno, nos besamos y eso fue el principio.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España

